PERIODICALS

PER
BX
1472
.A1
B68
v.112

LIBRARY OF PRINCETON
THEOLOGICAL SEMINARY

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/boletineclesiast1122cath

BOLETIN ECLESIASTICO

ÓRGANO INFORMATIVO DE LA ARQUIDIÓCESIS DE QUITO

Año CXII Ene. / Feb. / Mar. del 2007

LAP

Nuestra Señora de Aparecida

LIBRARY OF THE NATIONAL SEMINARY

V Conferencia General del
Episcopado Latinoamericano y del Caribe
13 al 31 de mayo de 2007
Aparecida - Brasil

Contenido

Editorial

- Cuaresma, Semana Santa y Triduo Pascual entre Liturgia y piedad popular 1

Documentos de la Santa Sede

- Espero poder orar en la Tierra santificada por los acontecimientos de la historia de la salvación ... 11
- Proclamar íntegro el mensaje de la salvación para encarnarlo en el momento histórico actual 19
- El matrimonio se debe edificar sobre la roca del amor fiel y estable de un hombre y una mujer 24
- Mirarán al que traspasaron 31

Documentos del CELAM

- La preparación de la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano y del Caribe 37

Documentos Arquidiocesanos

- Carta al Presbiterio de Quito, a los Superiores y Superioras de Comunidades Religiosas, a los Rectores de Centros Educativos 77
- La espiritualidad de comunión 79
- Carta a los sacerdotes de la Arquidiócesis de Quito 83
- Tercer Congreso Americano Misionero –CAM 3- Octavo Congreso Misionero Latinoamericano –comla8- 85
- Jubileo Sacerdotal 2007 88
- Retiro Espiritual del Clero Diocesano de Quito 2007 91

Continúa en el interior de la contraportada

Director: Mons. Héctor Soria S. Telf.: 2282 031
Apartado 17-01-00106. Quito - Ecuador

EDITORIAL

CUARESMA, SEMANA SANTA Y TRIDUO PASCUAL ENTRE LITURGIA Y PIEDAD POPULAR

El Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia, publicado por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos el 17 de diciembre de 2001 habla del año litúrgico y sugiere algunas líneas que pueden ayudar a los pastores y a los fieles a orientar la Piedad Popular hacia una celebración más acorde con la verdad del Misterio de Cristo en el tiempo. Propongo una síntesis de los números del 124 al 151, que hablan del tiempo de la Cuaresma, hasta el día de Pascua, para que nos sirvan de estímulo en la búsqueda de una unión fructífera entre lo que los gustos populares han acumulado en los siglos y lo que propone, con respeto a la verdad, la Liturgia.

El tiempo de Cuaresma

"La Cuaresma es el tiempo que precede y dispone a la celebración de la Pascua". "Es tiempo de escucha de la Palabra, tiempo de conversión, tiempo de preparación o renovación del bautismo, tiempo de reconciliación, penitencia, oración, ayuno y limosna" (cfr. DPP 124).

En el ámbito de la religiosidad popular no se ha logrado todavía una justa relación entre el valor sacramental de la Cuaresma y los sacramentos de la iniciación cristiana. Sin embargo, algunas prácticas religiosas de este tiempo pueden lograr una celebración auténtica del Misterio Pascual.

- El signo austero de ***Las Cenizas*** da comienzo a la Cuaresma. A pesar del fenómeno de la secularización, que

está avanzando también en Ecuador, son todavía muchos los que piden este sacramental. Toca a los pastores ayudar a los fieles a entender el recto sentido de este signo, para irle quitando el concepto mágico que mantiene, comunicando el valor evangélico que tiene de llamado a la conversión, a la renuncia de lo superfluo y al compartir.

- La ***veneración de Cristo*** crucificado es un rito que tiene su momento más solemne en la Adoración de la Cruz que se hace el Viernes Santo. Sin embargo, durante todo el tiempo cuaresmal, por antiquísima costumbre se dedican algunos días de este tiempo, generalmente los viernes, para conmemorar la Pasión del Señor. Las Procesiones con la cruz, su veneración, que se hace de distintos modos, su "velación" denotan todavía un grande amor de nuestro pueblo a este signo. La veneración de las llagas, de los instrumentos de tortura de Jesús y todo lo que pasó en la Pasión pueden distraer de la contemplación del misterio en su conjunto. Sin embargo, todas estas devociones han de ser iluminadas con el conjunto del acontecimiento de la pasión, conforme a la tradición bíblica y patrística.

- La ***lectura de la Pasión del Señor***, a veces dramatizada, tendría que acompañar frecuentemente la comunidad cristiana en su peregrinación cuaresmal. Esta lectura-proclamación podrá hacerse en distintos actos: De los cuales destacamos sobre todo dos: el *Vía Crucis* y el *Vía Matris*.

- El ***Vía Crucis*** es el ejercicio de piedad que conduce a los fieles a recorrer en 14 estaciones los últimos momentos de la vida terrenal del Señor. Esta forma difundida sobre todo

por San Leonardo de Porto Maurizio (+ 1751) ha sido aprobada por la Iglesia y dotada de indulgencias.

- Con la aprobación de la Santa Sede, a la lista tradicional de las estaciones se ha añadido, en los últimos años, una segunda llamada "Vía Crucis bíblico", porque, quitadas las caídas y otras estaciones que no tienen un sustento neo testamentario, ha sido completada con unos cuadros de la pasión, muy queridos por la tradición cristiana como son: Jesús en el huerto de los olivos, la traición de Judas, la flagelación, las negaciones de Pedro, Jesús confía a su Madre y el Corazón traspasado.

  Acerca de los distintos Vía Crucis, el directorio recomienda que los textos de reflexión sean bíblicos y sencillos.

- El *"Vía Matris"* es una de las novedades que aparecen en este documento. Es la meditación de los siete dolores de María, considerados como un camino de dolor *corredentor* de la Madre junto al Hijo. Este camino remite al misterio de la Iglesia que deberá recorrer un camino de cruz hasta el final de los tiempos.

La Semana Santa

"Durante la Semana Santa la Iglesia celebra los misterios de la salvación actuados por Cristo en los últimos días de su vida" (DPP 138) desde la entrada de Jesús en Jerusalén hasta el inicio de la Pasión.

La Semana Santa y sobre todo el Triduo Pascual, desde Pío XII han experimentado una reforma radical, tendente a poner como culmen la Vigilia Pascual, en contra de las costumbres

que se habían introducido con los siglos, de considerar el Viernes Santo el día más importante de esta celebración.

Una Piedad Popular no suficientemente iluminada, a veces por la pereza de los pastores, ha impedido en muchos casos el avance y los frutos de esta reforma. En algunos casos, desde antes de la reforma, la Liturgia y la Piedad Popular han dado paso a un paralelismo celebrativo, generalmente en desmedro de lo litúrgico.

Domingo de Ramos

Este Domingo recuerda la entrada de Jesús en Jerusalén y es anuncio de la Pasión del Señor.

La Piedad Popular da mucha importancia a los ramos, eso es positivo, pero muchos quieren el ramo de palma, de olivo o de otro árbol bendecidos sólo como un amuleto o un signo mágico supersticioso protector del hogar o contra las tempestades. Hay que hacer entender que el ramo se conserva, ante todo, como un testimonio de la fe en Cristo. Por eso, más que conservar un ramo, es importante participar en la procesión de ramos (cfr. DPP 139).

Triduo Pascual

El triduo Pascual celebra al Cristo crucificado, sepultado, resucitado. Empieza con la Misa Vespertina del Jueves Santo y termina con las Vísperas del Domingo de Pascua.

Jueves Santo

La Piedad Popular en la noche del Jueves Santo, después de la Misa de la Cena del Señor, privilegia la visita al lugar de la

reserva. En muchas ciudades hay la costumbre de visitar a siete iglesias. Esta costumbre parece que haya nacido de la consideración que Jesús había estado 40 horas en el sepulcro; la Eucaristía del Jueves Santo era entonces guardada como en un sepulcro al que había que hacer visitas, como se visitan a los muertos en el cementerio.

La Liturgia hoy nos invita a guardar la Eucaristía *no en un sepulcro,* sino en el lugar de la reserva. La noche del Jueves Santo la Iglesia vela para acompañar a su Señor en oración en el Huerto y mientras es tomado preso y procesado por las autoridades judías. El Santísimo es conservado sobre todo para la comunión del Viernes Santo.

Por eso se pide orientar la Piedad Popular en modo correcto:

- El Santísimo se ha de conservar en un lugar adornado sobriamente, nunca parecido a un sepulcro.

- El Santísimo no debe ser expuesto ni en la custodia ni en el copón, sino guardado debidamente en un sagrario que manifieste más bien una relación con el cenáculo.

- Son de promover, ante el Santísimo, turnos de adoración, preferentemente silenciosa. Pueden proclamarse los Capítulos de San Juan que se refieren a la oración sacerdotal de Jesús y sus últimas recomendaciones a los apóstoles. Después de la medianoche la adoración se hace sin solemnidad.

Viernes Santo

El Viernes Santo la Iglesia celebra la Muerte salvadora de

Cristo. En el acto litúrgico de la tarde medita sobre la Pasión del Señor, ora por la humanidad y adora el misterio de la Cruz y el misterio del nacimiento de ella misma del costado abierto del Salvador (cfr DPP 142).

- Entre las manifestaciones populares de este día, además del Vía Crucis está la procesión del Cristo muerto. Especie de procesión fúnebre hasta el sepulcro.

  Habrá que insistir sobre *el clima de austeridad, de silencio y de oración,* que ha de acompañar siempre estas procesiones. Hay que insistir sobre la importancia sacramental y la primacía que tiene la celebración litúrgica sobre cualquier otro acto de piedad. Y finalmente hay que evitar mezclas híbridas entre la acción litúrgica del Viernes Santo y otros actos populares.

  En muchos lugares se hace representaciones de la pasión, procesiones de penitentes.

- Hay que proclamar claramente que las representaciones no superan nunca la Liturgia. Las representaciones son *mimesis* del hecho histórico, la Liturgia es *anámnesis* de un misterio.

  Hay que evitar los excesos en las manifestaciones penitenciales como las crucifixiones y las flagelaciones públicas.

- Junto al Cristo doliente, en algunos lugares se hace el recuerdo de la Virgen de los Dolores. Son costumbres muy antiguas el *"Planctus Mariae" (el Llanto de la Virgen)* y la *"Hora de la Dolorosa "*, tiempos dedicados a tenerle

compañía a la Madre del Señor, que sufre por el Cristo muerto.

En estas manifestaciones hay que evitar expresiones de desesperación que no tengan en cuenta que el dolor cristiano tiene su iluminación también desde la perspectiva de la Resurrección.

El directorio no enumera entre los actos de Piedad Popular la predicación de las *"Siete Palabras"*, tal vez porque, siendo una larga predicación, es considerada una verdadera Liturgia de la Palabra, que podría por eso incorporarse a la Liturgia de la Muerte del Señor de la tarde.

Sábado Santo

La Iglesia en este día vela junto al sepulcro de Cristo en la espera de la resurrección. Algunas tradiciones colocan en este día la *"Hora de la Madre"*, comparable a lo que se celebra en algunas parroquias de nuestra serranía: *"La Soledad de María"*. María es figura de la Iglesia que espera con confianza la Resurrección del Salvador.

Domingo de Pascua

Una antigua tradición que quiere que el Señor resucitado se haya aparecido primero a su Madre, está al origen de una costumbre pascual: *"el encuentro del Resucitado con la Madre"* celebrado mediante el encuentro de dos procesiones que llevan respectivamente las imágenes del Resucitado y de la Dolorosa. Después del encuentro, a la Dolorosa se le quita el vestido de luto y se le pone un hábito de fiesta. El Directorio recomienda, como para las procesiones del Viernes Santo, no hacer mezclas rituales inadecuadas y que aparezca clara la

supremacía de la *memoria litúrgica* sobre la *mímesis folklórica.*

En nuestro pueblo lastimosamente no han quedado muchos signos de la Piedad Popular como en otros pueblos, porque muchas costumbres pascuales nacidas en el hemisferio norte tenían estrecha unión con la primavera, estación en la que la naturaleza se despierta. Es de recomendar, sin embargo, la participación a *la Misa del día de Pascua* y el saludo - felicitación a la Virgen con el canto del *"Regina Coeli"*.

En el mundo indígena ecuatoriano en la mañana de Pascua los hijos visitan a sus padres para recibir *"las pascuas"*. Estas consisten en un pedido de perdón de los hijos a sus padres seguidas por unas recomendaciones de los padres hacia los hijos. Todo termina en una comida familiar, con la intención de restablecer la concordia entre padres e hijos en la familia. La Liturgia podría muy bien asumir esta costumbre pascual indígena bendiciendo la reconciliación de las familias reunidas.

Buena Cuaresma y Buena Pascua.

+Larenzo Voltolini
Obispo Auxiliar de Portoviejo
Presidente de la Comisión
Episcopal de Liturgia

Documentos de la Santa Sede

Mensaje a los obispos, sacerdotes y fieles católicos de la región de Oriente próximo con ocasión de la Navidad

«ESPERO PODER ORAR EN LA TIERRA SANTIFICADA POR LOS ACONTECIMIENTOS DE LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN»

A los venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio
A los amados hermanos y hermanas católicos de la región de Oriente Próximo

Inmersos en la luz de la Navidad, contemplamos la presencia del Verbo que puso su tienda entre nosotros. Él es «la luz que brilla en las tinieblas» (cf. *Jn* 1, 5) y que nos «dio poder de hacemos hijos de Dios» (cf. *Jn* 1, 12). En este tiempo tan significativo para la fe cristiana, deseo dirigiros un saludo especial a vosotros, hermanos y hermanas católicos que vivís en las regiones de Oriente Próximo: me siento espiritualmente presente en cada una de vuestras Iglesias particulares, incluidas las más pequeñas, para compartir con vosotros el anhelo y la esperanza con que esperáis al Señor Jesús, Príncipe de la paz. A todos expreso el deseo bíblico, que hizo suyo también san Francisco de Asís: *El Señor os dé la paz.*

Me dirijo con afecto a las comunidades que son y se sienten «pequeño rebaño» tanto por el escaso número de hermanos y hermanas (cf. *Lc* 12, 32), como por estar inmersas en sociedades compuestas en gran mayoría por creyentes de otras religiones, o por las actuales circunstancias de serias dificultades y problemas que sufren algunas de las naciones a las que pertenecen.

Pienso sobre todo en los países marcados por fuertes tensiones y que a menudo sufren actos de cruel violencia que, además de causar grandes destrucciones, afectan sin piedad a personas inermes e inocentes. Las noticias que llegan a diario de Oriente Próximo muestran un *crescendo* de situaciones dramáticas, casi sin perspectivas de solución. Son vicisitudes que en todos los implicados suscitan naturalmente recriminación y rabia, y despiertan en los corazones deseos de revancha y venganza.

Sabemos que estos sentimientos no son cristianos; quienes los albergan se hacen en su interior duros y rencorosos, y se sitúan muy lejos de la «mansedumbre y humildad» de las que Jesucristo se propuso como modelo (cf. *Mt* 11, 29). Así se perdería la ocasión de dar una contribución específicamente cristiana a la solución de los gravísimos problemas de nuestro tiempo. Realmente no sería oportuno, sobre todo en este momento, dedicar tiempo a preguntarse quién ha sufrido más o a querer pasar la cuenta de las injusticias padecidas, enumerando las razones que apoyan la propia tesis.

Eso es lo que se ha hecho con frecuencia en el pasado, con resultados insatisfactorios, por decir poco. En el fondo, el sufrimiento une a todos, y cuando uno sufre debe sentir ante todo el deseo de comprender cuánto pueden estar sufriendo las personas que se encuentran en una situación análoga. El diálogo paciente y humilde, con una escucha recíproca orientada a comprender la situación de los demás, ya ha dado buenos frutos en muchos países antes devastados por la violencia y las venganzas. Un poco más de confianza en la humanidad de los demás, sobre todo si están sufriendo, no puede por menos de dar buenos resultados. Desde muchas partes, de forma autorizada, se está recomendando hoy esta disposición interior.

Durante el período navideño pienso constantemente y con mayor preocupación en las comunidades católicas de vuestros

países. Hacía vuestras tierras nos lleva la estrella que vieron los Magos, la estrella que los guió al encuentro con el Niño y con María, su Madre (cf. *Mt* 2, 11). En la tierra de Oriente Jesús dio su vida para hacer «de los dos pueblos uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad» *(Ef* 2, 14). Allí dijo a los discípulos: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura» (Mc 16, 15). Allí se utilizó por primera vez el nombre de cristianos para designar a los discípulos del Maestro (cf. Hch 11, 26). Allí nació y se desarrolló la Iglesia de los grandes Padres y florecieron diversas y ricas tradiciones espirituales y litúrgicas.

A vosotros, queridos hermanos y hermanas, herederos de esas tradiciones, os manifiesto con afecto mi cercanía personal en la situación de inseguridad humana, de sufrimiento diario, de temor y de esperanza que estáis viviendo. A vuestras comunidades repito, ante todo, las palabras del Redentor: «No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino» *(Lc* 12, 32). Podéis contar con mi total solidaridad en las actuales circunstancias. Estoy seguro de que puedo hacerme portavoz también de la solidaridad de la Iglesia universal. Por tanto, cada uno de los fieles católicos de Oriente Próximo, así como la comunidad a la que pertenece, no debe sentirse solo o abandonado. A vuestras Iglesias, en su difícil camino, las acompañan la oración y el apoyo caritativo de las Iglesias particulares del mundo entero, a ejemplo y según el espíritu de la Iglesia primitiva (cf. Hch 11, 29-30).

En la situación actual, marcada por pocas luces y por demasiadas sombras, para mí es motivo de consuelo y esperanza saber que las comunidades cristianas de Oriente Próximo, cuyos intensos sufrimientos tengo muy presentes, siguen siendo comunidades vivas y activas, decididas a testimoniar su fe con su identidad específica en las sociedades que las rodean. Desean poder contribuir de modo constructivo a aliviar las urgentes necesidades de sus respectivas sociedades y de la región entera.

San Pedro, en su primera carta, escribiendo a comunidades más bien pobres y marginadas, que no contaban mucho en la sociedad de entonces e incluso eran perseguidas, no dudó en decirles que su difícil situación debía considerarse como una «gracia»(cf. *1P* 1, 7-11). ¿Acaso no es, de hecho, una gracia poder participar en los sufrimientos de Cristo, uniéndose a la acción con que él tomó sobre sí nuestros pecados para expiarlos?

Las comunidades católicas, que con frecuencia viven en situaciones difíciles, deben ser conscientes de la gran fuerza que brota de su sufrimiento aceptado con amor. Es un sufrimiento que puede cambiar el corazón de los demás y el corazón del mundo. Por tanto, aliento a cada uno a proseguir con perseverancia su camino, sostenido por la conciencia del «precio» con que Cristo lo ha redimido (cf. *1 Co* 6, 20). Ciertamente, la respuesta a la propia vocación cristiana es mucho más ardua para los miembros de las comunidades que constituyen una minoría y a menudo son numéricamente insignificantes en las sociedades donde están inmersas.

Una pequeña luz puede iluminar toda la casa.

Sin embargo, como escribieron vuestros patriarcas en su carta pastoral de Pascua de 1992, «una pequeña luz puede iluminar toda la casa. La sal es un elemento muy pequeño en los alimentos, pero les da sabor. La levadura es muy poco en la masa, pero es lo que la hace fermentar y la prepara para convertirse en pan». Hago mías estas palabras y animo a los pastores católicos a perseverar en su ministerio, cultivando la unidad entre sí y permaneciendo siempre cerca de su rebaño. Sepan que el Papa comparte los anhelos, las esperanzas y las exhortaciones expresadas en sus cartas anuales, así como en el cumplimiento diario de sus deberes sagrados; los alienta en su esfuerzo por sostener y fortalecer en la fe, en la esperanza y en la caridad, al rebaño que les ha sido encomendado. Por lo demás, la presencia de sus

comunidades en los diversos países de la región constituye un elemento que puede fomentar en gran medida el ecumenismo.

Desde hace mucho tiempo se constata que muchos cristianos están abandonando el Oriente Próximo, de forma que los santos lugares corren el peligro de transformarse en zonas arqueológicas, sin vida eclesial. Ciertamente, situaciones geopolíticas peligrosas, conflictos culturales, intereses económicos y estratégicos, así como actos de violencia que se trata de justificar atribuyéndoles causas de índole social o religiosa, hacen difícil la supervivencia de las minorías y por eso muchos cristianos caen en la tentación de emigrar.

A menudo el mal puede ser de algún modo irreparable. Sin embargo, no conviene olvidar que incluso el simple hecho de estar cerca unos de otros y de vivir juntos un sufrimiento común actúa como bálsamo sobre las heridas y lleva a pensamientos y obras de reconciliación y paz. De esta forma nace un diálogo familiar y fraterno, que con el tiempo y con la gracia del Espíritu, podrá transformarse en diálogo en un ámbito más amplio: cultural, social e incluso político.

Por lo demás, el creyente sabe que puede contar con una esperanza que no defrauda, porque se funda en la presencia del Resucitado. De él brotan la obra de la fe y los trabajos de la caridad (cf. *1 Ts* 1, 3). Incluso en las dificultades más dolorosas, la esperanza cristiana atestigua que la resignación pasiva y el pesimismo son el verdadero gran peligro que amenaza la respuesta a la vocación que brota del bautismo. De allí pueden derivar la desconfianza, el miedo, la auto-compasión, el fatalismo y la fuga.

En el momento actual, a los cristianos se les pide que sean valientes y decididos con la fuerza del Espíritu de Cristo, conscientes de que pueden contar con la cercanía de sus hermanos en la fe

esparcidos por el mundo. San Pablo, escribiendo a los Romanos, declara abiertamente que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros (cf. *Rm* 8, 18). Del mismo modo, san Pedro, en su primera carta, nos recuerda que los cristianos, aunque nos encontremos afligidos por diversas tribulaciones, tenemos una esperanza más grande, que nos llena de alegría el corazón (cf. *1 P* 1, 6). El mismo san Pablo, en la segunda carta a los Corintios, afirma con convicción que «el Dios de toda consolación (...) nos consuela en toda tribulación nuestra para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación»(*2 Co* 1, 3-4).

Sabemos bien que la consolación prometida por el Espíritu Santo no consiste simplemente en palabras hermosas, sino que se traduce en un ensanchamiento de la mente y del corazón para que podamos ver nuestra situación en el marco más amplio de toda la creación sometida a dolores de parto mientras espera la revelación de los hijos de Dios (cf. *Rm* 8, 19-25). Desde esta perspectiva, cada uno puede llegar a pensar más en los sufrimientos de los demás que en los propios, más en los comunes que en los privados, y a preocuparse por hacer algo para que el otro o los otros entiendan que sus sufrimientos son comprendidos y acogidos, y que se desea ponerles remedio en la medida de lo posible.

A través de vosotros, queridos hermanos y hermanas, quiero dirigirme también a vuestros compatriotas, hombres y mujeres de las diversas confesiones cristianas, de las diferentes religiones, y a todos los que buscan con honradez la paz, la justicia, la solidaridad, mediante la escucha recíproca y el diálogo sincero. A todos les digo: perseverad con valentía y confianza. A los que tienen la responsabilidad de guiar los acontecimientos les pido sensibilidad, atención y cercanía concreta, que supere cálculos y estrategias, a fin de que se construyan sociedades más justas y pacíficas, en las que se respete de verdad a todo ser humano.

Como sabéis, amadísimos hermanos y hermanas, espero vivamente que la Providencia haga que las circunstancias me permitan realizar una peregrinación a la Tierra santificada por los acontecimientos de la historia de la salvación. Así, espero poder orar en Jerusalén «patria del corazón de todos los descendientes espirituales de Abraham, para quienes resulta inmensamente entrañable» (Juan Pablo II, *Redemptionis anno: L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 6 de mayo de 1984, p. 17). En efecto, estoy convencido de que puede llegar a ser «símbolo de encuentro, de unión y de paz para toda la familia humana» *(ib.)*.

Esperando que se haga realidad este deseo, os aliento a proseguir por el camino de la confianza, realizando gestos de amistad y de buena voluntad. Me refiero tanto a gestos sencillos y diarios, que ya desde hace tiempo practica en vuestras regiones mucha gente sencilla que siempre ha tratado con respeto a todas las personas, como a gestos de algún modo heroicos, inspirados en el auténtico respeto por la dignidad humana, con el intento de encontrar caminos de solución de situaciones muy difíciles. La paz es un bien tan grande y urgente que justifica sacrificios también grandes por parte de todos.

La paz es un bien tan grande y urgente que justifica sacrificios también grandes por parte de todos.

Como escribió mi venerado predecesor el Papa Juan Pablo II, «no hay paz sin justicia». Por eso, es necesario que se reconozcan y respeten los derechos de cada uno. Pero Juan Pablo II añadió: «no hay justicia sin perdón». Normalmente sin transigir con errores pasados no se puede llegar a un acuerdo que permita volver a entablar el diálogo con vistas a una futura colaboración. En ese caso, el perdón es condición indispensable para poder

proyectar un nuevo futuro. Del perdón concedido y aceptado pueden nacer y desarrollarse muchas obras de solidaridad, en la línea de las que ya existen ampliamente en vuestras regiones por iniciativa tanto de la Iglesia como de los gobiernos y de las organizaciones no gubernamentales.

El canto de los ángeles sobre la cueva de Belén -«Paz en la tierra a los hombres que Dios ama»- asume en estos días su contenido más profundo, y produce ya ahora los frutos que se tendrán en plenitud en la vida eterna. Mi deseo es que el tiempo de Navidad marque el fin, o al menos un alivio, de tantos sufrimientos, y que infunda a numerosas familias la esperanza necesaria para perseverar en la ardua tarea de promover la paz en un mundo aún tan desgarrado y dividido.

Queridos hermanos y hermanas, estad seguros de que en este camino os acompaña la ferviente oración del Papa y de toda la Iglesia. La intercesión y el ejemplo de tantos mártires y santos que en vuestras tierras han dado un valiente testimonio de Cristo os sostengan y os fortalezcan en vuestra fe. Y que la Sagrada Familia de Nazaret vele sobre vuestros buenos propósitos y vuestros compromisos.

Con estos sentimientos, a cada uno de vosotros imparto de todo corazón una bendición apostólica especial, prenda de mi afecto y de mi constante recuerdo.

Vaticano, 21 de diciembre de 2006

Discurso a los participantes en la reunión plenaria de la Comisión pontificia para América Latina, sábado 20 de enero

PROCLAMAR ÍNTEGRO EL MENSAJE DE LA SALVACIÓN PARA ENCARNARLO EN EL MOMENTO HISTÓRICO ACTUAL

Señores cardenales; queridos hermanos en el episcopado:

Me da mucha alegría recibir y saludar con afecto a los consejeros y miembros de la Pontificia Comisión para América Latina con ocasión de su reunión plenaria. Agradezco a su presidente, el cardenal Giovanni Battista Re, sus amables palabras, que expresan el sentir de todos vosotros y el deseo profundo de renovar vuestro compromiso de servir, *cum Petro et sub Petro,* a la Iglesia que peregrina en América Latina, siguiendo el ejemplo de Cristo, el buen Pastor, que ama y se entrega por sus ovejas.

Pensando en los desafíos que al inicio de este tercer milenio se plantean a la evangelización, se ha escogido como tema de reflexión de este encuentro «*La familia y la educación cristiana en América Latina*», muy en consonancia con el inolvidable Encuentro mundial de las familias el pasado verano en Valencia, España. Fue un hermoso acontecimiento que pude compartir con familias católicas de todo el mundo, muchas de ellas latinoamericanas.

Vuestra presencia aquí me hace pensar en la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano y del Caribe, que he convocado en Aparecida, Brasil, y que tendré el gusto de inaugurar. Pido al Espíritu Santo, que asiste siempre a su Iglesia, que la gloria de Dios Padre misericordioso y la presencia pascual de su

Hijo iluminen y guíen los trabajos de este importante evento eclesial, a fin de que sea signo, testimonio y fuerza de comunión para toda la Iglesia en América Latina.

Esta Conferencia, en continuidad con las cuatro anteriores, está llamada a dar un renovado impulso a la evangelización en esa vasta región del mundo eminentemente católica, en la que vive una gran parte de la comunidad de los creyentes. Es preciso proclamar íntegro el mensaje de la salvación, que llegue a impregnar las raíces de la cultura y se encarne en el momento histórico latinoamericano actual, para responder mejor a sus necesidades y legítimas aspiraciones.

Se ha de reconocer y defender siempre la dignidad de cada ser humano como criterio fundamental de los proyectos sociales, culturales y económicos

Al mismo tiempo, se ha de reconocer y defender siempre la dignidad de cada ser humano como criterio fundamental de los proyectos sociales, culturales y económicos, que ayuden a construir la historia según el designio de Dios. En efecto, la historia latinoamericana ofrece multitud de testimonios de hombres y mujeres que han seguido fielmente a Cristo de un modo tan radical que, llenos de ese fuego divino que lo consume todo, han forjado la identidad cristiana de sus pueblos. Su vida es un ejemplo y una invitación a seguir sus pasos.

La Iglesia en América Latina afronta enormes desafíos: el cambio cultural generado por una comunicación social que marca los modos de pensar y las costumbres de millones de personas; los flujos migratorios, con tantas repercusiones en la vida familiar y en la práctica religiosa en los nuevos ambientes; la reaparición de interrogantes sobre cómo los pueblos han de asumir su

memoria histórica y su futuro democrático; la globalización, el secularismo, la pobreza creciente y el deterioro ecológico, sobre todo en las grandes ciudades, así como la violencia y el narcotráfico.

Ante todo ello, se ve la necesidad urgente de una nueva evangelización, que nos impulse a profundizar en los valores de nuestra fe, para que sean savia y configuren la identidad de esos amados pueblos que un día recibieron la luz del Evangelio. Por ello resulta oportuno el tema elegido como guía para las reflexiones de dicha Conferencia: *Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en él tengan vida.* En efecto, la V Conferencia ha de fomentar que todo cristiano se convierta en un verdadero discípulo de Jesucristo, enviado por él como apóstol, y como decía el Papa Juan Pablo II, «no de reevangelización sino de una evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión», a fin de que la buena noticia arraigue en la vida y en la conciencia de todos los hombres y mujeres de América Latina (*Discurso* en *la apertura de la XIX Asamblea del Consejo del Episcopado latinoamericano*, Port-au-Prince, Haití, 9 de marzo de 1983).

Queridos hermanos, los hombres y mujeres de América Latina tienen una gran sed de Dios. Cuando en la vida de las comunidades se produce un sentimiento como de orfandad respecto a Dios Padre, es vital la labor de los obispos, sacerdotes y demás agentes de pastoral, que den testimonio, como Cristo, de que el Padre es siempre Amor providente que se ha revelado en su Hijo. Cuando la fe no se alimenta de la oración y meditación de la Palabra divina; cuando la vida sacramental languidece, entonces prosperan las sectas y los nuevos grupos pseudorreligiosos, provocando el alejamiento de la Iglesia por parte de muchos católicos. Al no recibir estos respuestas a sus aspiraciones más hondas que podrían encontrarse en la vida de fe compartida, se producen también situaciones de vacío espiritual. En la labor

evangelizadora es fundamental recordar siempre que el Padre y el Hijo enviaron al Espíritu Santo en Pentecostés, y que ese mismo Espíritu sigue impulsando la vida de la Iglesia. Por eso es importante el sentido de pertenencia eclesial, donde el cristiano crece y madura en la comunión con sus hermanos, hijos de un mismo Dios y Padre.

«Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mi» (*Jn* 14, 6). Como señalaba mi venerado predecesor Juan Pablo II en su exhortación apostólica *Ecclesia in America*, «Jesucristo es, pues, la respuesta definitiva a la pregunta sobre el sentido de la vida y a los interrogantes fundamentales que asedian también hoy a tantos hombres y mujeres del continente americano» (n. 10). Sólo viviendo intensamente su amor a Jesucristo y entregándose generosamente al servicio de la caridad, sus discípulos serán testigos elocuentes y creíbles del inmenso amor de Dios por cada ser humano. De esta manera, amando con el mismo amor de Dios, llegarán a ser agentes de la transformación del mundo, instaurando en él una nueva civilización, que el querido Papa Pablo VI llamaba justamente «*la civilización del amor*» (cf. *Discurso en la clausura del Año santo*, 25 de diciembre de 1975).

Para el futuro de la Iglesia en Latinoamérica y el Caribe es importante que los cristianos profundicen y asuman el estilo de vida propio de los discípulos de Jesús: sencillo y alegre, con una fe sólida, arraigada en lo más íntimo de su corazón y alimentada por la oración y los sacramentos. En efecto, la fe cristiana se nutre sobre todo de la celebración dominical de la Eucaristía, en la cual se realiza un encuentro comunitario, único y especial con Cristo, con su vida y su palabra.

El verdadero discípulo crece y madura en la familia, en la comunidad parroquial y diocesana; se convierte en misionero cuando anuncia la persona de Cristo y su Evangelio en todos los ambien-

tes: la escuela, la economía, la cultura, la política y los medios de comunicación social. De modo especial, los frecuentes fenómenos de explotación e injusticia, de corrupción y violencia, son una llamada apremiante para que los cristianos vivan con coherencia su fe y se esfuercen por recibir una sólida formación doctrinal y espiritual, contribuyendo así a la construcción de una sociedad más justa, más humana y cristiana.

Es un deber importante alentar a los cristianos que, animados por su espíritu de fe y caridad, trabajan incansablemente para ofrecer nuevas oportunidades a quienes se encuentran en la pobreza o en las zonas periféricas más abandonadas, para que puedan ser protagonistas activos de su propio desarrollo, llevándoles un mensaje de fe, de esperanza y de solidaridad.

Para terminar, vuelvo al tema de vuestro encuentro de estos días sobre la familia cristiana, lugar privilegiado para vivir y transmitir la fe y las virtudes. En el hogar se custodia el patrimonio de la fe; en él los hijos reciben el don de la vida, se sienten amados tal como son y aprenden los valores que les ayudarán a vivir como hijos de Dios. De esta manera, la familia, acogiendo el don de la vida, se convierte en el ambiente propicio para responder al don de la vocación (cf. *Alocución en el Ángelus,* Valencia, 8 de julio de 2006), especialmente ahora en que se siente tanto la necesidad de que el Señor envíe trabajadores a su mies.

Pidamos a María, modelo de madre en la Sagrada Familia y Madre de la Iglesia, Estrella de la evangelización, que guíe con su intercesión maternal a las comunidades eclesiales de Latinoamérica y el Caribe, y asista a los participantes en la V Conferencia para que encuentren los caminos más apropiados a fin de que aquellos pueblos tengan vida en Cristo y construyan, en el llamado «continente de la esperanza», un futuro digno para todo hombre y mujer. Os aliento a todos en vuestros trabajos y os imparto de corazón mi bendición apostólica.

Discurso durante la audiencia a los nuncios apostólicos, en la sala del Consistorio, sábado 17 de febrero

EL MATRIMONIO SE DEBE EDIFICAR SOBRE LA ROCA DEL AMOR FIEL Y ESTABLE DE UN HOMBRE Y UNA MUJER

Venerados hermanos:

Me alegra acogeros, al final de vuestra reunión como preparación para la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano. Doy a cada uno mi cordial saludo, comenzando por el señor cardenal Tarcisio Bertone, mi secretario de Estado, al que agradezco las palabras con que se ha hecho intérprete de los sentimientos comunes. Expreso mi agradecimiento a los señores cardenales presidentes de la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano y a los responsables de los dicasterios de la Curia romana, que han dado su contribución a vuestros trabajos.

Aprovecho esta ocasión, sobre todo, para renovaros a vosotros, nuncios apostólicos presentes, y a todos los representantes pontificios, la expresión de mi aprecio por el importante servicio eclesial que realizáis, a menudo entre no pocas dificultades debidas a la lejanía de la patria de origen, a los frecuentes desplazamientos y, a veces, también a las tensiones sociopolíticas presentes en los lugares donde actuáis. En el cumplimiento de vuestro delicado oficio, que ciertamente está animado siempre por un profundo espíritu de fe, cada uno de vosotros siéntase acompañado por la estima, por el afecto y por la oración del Papa.

Todo nuncio apostólico está llamado a consolidar los vínculos de comunión entre las Iglesias particulares y el Sucesor de Pedro. A

él se le ha encomendado la responsabilidad de promover, juntamente con los pastores y con todo el pueblo de Dios, el diálogo y la colaboración con la sociedad civil para realizar el bien común.

Los representantes pontificios son la presencia del Papa, que mediante ellos está cerca de las personas con quienes no puede encontrarse personalmente y, en especial, de quienes viven en condiciones de dificultad y sufrimiento. Vuestro ministerio, queridos hermanos, es un ministerio de comunión eclesial y un servicio a la paz y a la concordia en la Iglesia y entre los pueblos. Sed siempre conscientes de la importancia, de la grandeza y de la belleza de esta misión vuestra, y tended sin cansaros a realizarla con entrega generosa.

La divina Providencia os ha llamado a vosotros, aquí presentes, a prestar vuestro servicio en América Latina, definida por el amado Juan Pablo II -que la visitó en diversas ocasiones- «continente de la esperanza», como ya se ha dicho. Si Dios quiere, tendré la alegría de tomar contacto personalmente con la realidad de esos países al intervenir, Dios mediante, en la apertura de la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano, en Aparecida, Brasil, el próximo mes de mayo.

En cierto sentido, esa asamblea recapitula y es continuación de las Conferencias generales anteriores, mientras que se enriquece con numerosos dones «posconciliares» del Magisterio pontificio -pienso de modo particular en la exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in America*-, así como con los frutos del camino sinodal de la Iglesia católica.

Se propone definir las grandes prioridades y dar nuevo impulso a la misión de la Iglesia al servicio de los pueblos latinoamericanos en las circunstancias concretas del inicio de este siglo XXI. Esa recapitulación remite a la tradición de la catolicidad, la cual,

gracias a una extraordinaria epopeya misionera, se ha hecho presente y ha marcado con su huella la estructura cultural que caracteriza hasta hoy la identidad latinoamericana.

Esa es la vocación original -como dijo mi recordado predecesor Juan Pablo II en Santo Domingo- «de unos pueblos a quienes la misma geografía, la fe cristiana, la lengua y la cultura han unido definitivamente en el camino de la historia» *(Discurso en la inauguración de la IV Conferencia general del Episcopado latinoamericano,* 12 de octubre de 1992, n. 15: *L'Osservatore Romano,* edición en lengua española, 23 de octubre de 1992, p. 10).

Precisamente partiendo del tema de esa importante reunión: «Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en él tengan vida», también vosotros, en estos días, habéis puesto de relieve algunos desafíos que la Iglesia afronta en la vasta área latinoamericana, insertada en las dinámicas mundiales y cada vez más condicionada por los efectos de la globalización. Ante este desafío, las naciones que la componen tratan de afirmar, de diversas maneras, su identidad y su peso en el camino histórico del mundo de hoy; a menudo en medio de muchas dificultades, tratan de consolidar la paz interna de su nación. Sintiéndose como «hermanas» quieren llegar a ser también una comunidad, unida en la paz y en el desarrollo cultural y económico.

Naturalmente, la Iglesia, signo e instrumento de unidad para todo el género humano (cf. *Lumen gentium,* 1), se encuentra en sintonía con toda legítima aspiración de los pueblos a una mayor armonía y cooperación, y aporta su contribución propia, es decir, el Evangelio. Desea que en los países latinoamericanos, donde las Constituciones se limitan a «conceder» libertad de credo y de culto, pero no «reconocen» aún la libertad religiosa, se puedan definir cuanto antes las relaciones recíprocas fundadas en los principios de autonomía y de sana y respetuosa colaboración.

Eso permitirá a la comunidad eclesial desarrollar todas sus potencialidades en beneficio de la sociedad y de toda persona humana, creada a imagen de Dios. Una correcta formulación jurídica de esas relaciones no podrá por menos de tener en cuenta el papel histórico, espiritual, cultural y social que ha desempeñado la Iglesia católica en América Latina.

Este papel sigue siendo primario, también gracias a la feliz fusión entre la antigua y rica sensibilidad de los pueblos indígenas con el cristianismo y con la cultura moderna. Como sabemos, algunos ambientes afirman un contraste entre la riqueza y profundidad de las culturas precolombinas y la fe cristiana presentada como una imposición exterior o una alienación para los pueblos de América Latina. En verdad, el encuentro entre estas culturas y la fe en Cristo fue una respuesta interiormente esperada por esas culturas. Por tanto, no hay que renegar de ese encuentro, sino que se ha de profundizar: ha creado la verdadera identidad de los pueblos de América Latina.

En efecto, la Iglesia católica es la institución que goza de mayor prestigio entre las poblaciones latinoamericanas. Está activa en la vida de la gente; es estimada por la labor que realiza en los ámbitos de la educación, la salud y la solidaridad con los necesitados. La ayuda a los pobres y la lucha contra la pobreza son y siguen siendo una prioridad fundamental en la vida de las Iglesias en América Latina. La Iglesia también está activa por las intervenciones de mediación que no raramente se le solicita con ocasión de conflictos internos.

Con todo, hoy, una presencia tan consolidada debe tener en cuenta, entre otras cosas, el proselitismo de las sectas y el influjo creciente del secularismo hedonista posmoderno. Sobre las causas de la atracción de las sectas debemos reflexionar seriamente para encontrar las respuestas adecuadas. Ante los desafíos del actual momento histórico,nuestras comunidades

están llamadas a fortalecer su adhesión a Cristo para testimoniar una fe madura y llena de alegría y, verdaderamente, a pesar de todos los problemas, son enormes las potencialidades.

Realmente son enormes las potencialidades espirituales que tiene América Latina, donde los misterios de la fe se celebran con ferviente devoción, y el aumento de las vocaciones sacerdotales y religiosas alimenta la confianza en el futuro. Naturalmente, es necesario acompañar con gran atención a los jóvenes en el camino de la vocación, y ayudar a los sacerdotes, a los religiosos y a las religiosas, a perseverar en su vocación.

Asimismo, los jóvenes, que constituyen más de dos tercios de la población, representan un inmenso potencial misionero y evangelizador; y la familia sigue siendo «una característica primordial de la cultura latinoamericana», como dijo mi venerado predecesor Juan Pablo II en el encuentro de Puebla, en México, en enero de 1979.

Los divorcios y las uniones libres están aumentando, mientras que el adulterio se contempla con injustificable tolerancia.

Precisamente la familia merece una atención prioritaria, pues muestra síntomas de debilitamiento bajo las presiones de *lobbies* capaces de influir negativamente en los procesos legislativos. Los divorcios y las uniones libres están aumentando, mientras que el adulterio se contempla con injustificable tolerancia. Es necesario reafirmar que el matrimonio y la familia tienen su fundamento en el núcleo más intimo de la verdad sobre el hombre y sobre su destino; una comunidad digna del ser humano sólo se puede edificar sobre la roca del amor conyugal, fiel y estable, entre un hombre y una mujer.

Quisiera destacar otros temas religiosos y sociales sobre los que habéis reflexionado. Me limito a citar el fenómeno de la emigración, íntimamente relacionado con la familia; la importancia de la escuela y la atención a los valores y a la conciencia, para formar laicos maduros que sean capaces de dar una contribución cualificada en la vida social y civil; la educación de los jóvenes con proyectos vocacionales apropiados que acompañen, de modo especial, a los seminaristas y a los aspirantes a la vida consagrada en su camino de formación; el compromiso de informar adecuadamente a la opinión pública sobre las grandes cuestiones éticas según los principios del magisterio de la Iglesia y una presencia eficaz en el campo de los medios de comunicación social, también para responder a los desafíos de las sectas.

Ciertamente, los movimientos eclesiales constituyen un recurso válido para el apostolado, pero es necesario ayudarles a mantenerse siempre fieles al Evangelio y a la enseñanza de la Iglesia, también cuando actúan en el campo social y político. En particular, siento el deber de reafirmar que no compete a los eclesiásticos encabezar grupos sociales o políticos, sino a los laicos maduros y profesionalmente preparados.

Queridos hermanos, en estos días habéis pensado y dialogado juntos; y sobre todo habéis orado juntos. Pidamos al Señor, por intercesión de María, que los frutos de esta reunión vuestra y de la próxima Conferencia general del Episcopado latinoamericano redunden en beneficio de toda la Iglesia.

A vosotros os doy una vez más las gracias por el trabajo que habéis realizado. Al volver a vuestros países, haceos intérpretes de mis sentimientos cordiales ante los pastores y las comunidades cristianas, los Gobiernos y las poblaciones. Asegurad la cercanía espiritual del Papa de modo especial a vuestros colaboradores, a las religiosas y a todos los que cooperan para el buen funcionamiento de las sedes de vuestras nunciaturas.

A todos y cada uno imparto de corazón una bendición apostólica especial.

LOS NUNCIOS QUE PARTICIPARON EN LA REUNIÓN

- Mons. *Orlando Antonini*, nuncio apostólico en Paraguay.
- Mons. *Antonio Arcari*, nuncio apostólico en Honduras.
- Mons. *Lorenzo Baldiserri*, nuncio apostólico en Brasil.
- Mons. *Giacinto Berloco*, nuncio apostólico en Venezuela.
- Mons. *Adriano Bernardini*, nuncio apostólico en Argentina.
- Mons. *Luigi Bonazzi*, nuncio apostólico en Cuba.
- Mons. *Timothy P. Broglio*, nuncio apostólico en la República Dominicana, con encargo de delegado apostólico en Puerto Rico.
- Mons. *Aldo Cavalli*, nuncio apostólico en Chile.
- Mons. *Giambattista Diquattro*, nuncio apostólico en Panamá.
- Mons. *Mario Giordana*, nuncio apostólico en Haití.
- Mons. *Jean-Paul Gobel*, nuncio apostólico en Nicaragua.
- Mons. *Thomas E. Gullickson*, nuncio apostólico en Trinidad y Tobago, Antigua y Barbuda, Bahamas, Barbados, Dominica, Jamaica, Granada, República cooperativista de Guyana, Saint Kitts y Nevis, Santa Lucía, San Vicente y Granadina, Suriname, y delegado apostólico en las Antillas.
- Mons. *Bruno Musaro*, nuncio apostólico en Guatemala.
- Mons. *Giacomo Guido Ottonello*, nuncio apostólico en Ecuador.
- Mons. *Osvaldo Padilla*, nuncio apostólico en Costa Rica.
- Mons. *Rino Passigato*, nuncio apostólico en Perú.
- Mons. *Luigi Pezzuto*, nuncio apostólico en El Salvador y en Belice.
- Mons. *Ivo Scapolo*, nuncio apostólico en Bolivia.
- Mons. *Beniamino Stella*, nuncio apostólico en Colombia.

Mensaje de Benedicto XVI para la Cuaresma 2007

«MIRARÁN AL QUE TRASPASARON»

¡Queridos hermanos y hermanas!

«Mirarán al que traspasaron» (*Jn* 19, 37). Éste es el tema bíblico que guía este año nuestra reflexión cuaresmal. La Cuaresma es un tiempo propicio para aprender a permanecer con María y Juan, el discípulo predilecto, junto a Aquel que en la Cruz consuma el sacrificio de su vida para toda la humanidad. Por tanto, con una atención más viva, dirijamos nuestra mirada, en este tiempo de penitencia y de oración, a Cristo crucificado que, muriendo en el Calvario, nos ha revelado plenamente el amor de Dios. En la Encíclica *"Deus caritas est"* he tratado con detenimiento el tema del amor, destacando sus dos formas fundamentales: el agapé y el eros.

El amor de Dios agapé y eros

El término agapé, que aparece muchas veces en el Nuevo Testamento, indica el amor oblativo de quien busca exclusivamente el bien del otro; la palabra eros denota, en cambio, el amor de quien desea poseer lo que le falta y anhela la unión con el amado. El amor con el que Dios nos envuelve es sin duda agapé. En efecto, ¿acaso puede el hombre dar a Dios algo bueno que Él no posea ya? Todo lo que la criatura humana es y tiene es don divino: por tanto, es la criatura la que tiene necesidad de Dios en todo. Pero el amor de Dios es también eros. En el Antiguo Testamento el Creador del universo muestra hacia el pueblo que ha elegido una predilección que trasciende toda motivación humana. El profeta Oseas expresa esta pasión divina con imágenes audaces como la del amor de un hombre por una mujer adúltera (cf. 3, 1-3); Ezequiel, por su parte, hablando de la

relación de Dios con el pueblo de Israel, no tiene miedo de usar un lenguaje ardiente y apasionado (cf. 16, 1-22). Estos textos bíblicos indican que el eros forma parte del corazón de Dios: el Todopoderoso espera el "sí" de sus criaturas como un joven esposo el de su esposa.

Desde sus orígenes la humanidad, seducida por las mentiras del Maligno, se ha cerrado al amor de Dios, con la ilusión de una autosuficiencia que es imposible.

Desgraciadamente, desde sus orígenes la humanidad, seducida por las mentiras del Maligno, se ha cerrado al amor de Dios, con la ilusión de una autosuficiencia que es imposible (cf. *Gn* 3, 1-7). Replegándose en sí mismo, Adán se alejó de la fuente de la vida que es Dios mismo, y se convirtió en el primero de "los que, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud" (*Hb* 2, 15). Dios, sin embargo, no se dio por vencido, es más, el "no" del hombre fue como el empujón decisivo que le indujo a manifestar su amor en toda su fuerza redentora.

La Cruz revela la plenitud del amor de Dios

En el misterio de la Cruz se revela enteramente el poder irrefrenable de la misericordia del Padre celeste. Para reconquistar el amor de su criatura, Él aceptó pagar un precio muy alto: la sangre de su Hijo Unigénito. La muerte, que para el primer Adán era signo extremo de soledad y de impotencia, se transformó de este modo en el acto supremo de amor y de libertad del nuevo Adán. Bien podemos entonces afirmar, con san Máximo el Confesor, que Cristo "murió, si así puede decirse, divinamente, porque murió libremente". En la Cruz se manifiesta el eros de

Dios por nosotros. Efectivamente, eros es -como expresa Pseudo-Dionisio Areopagita- esa fuerza "que hace que los amantes no lo sean de sí mismos, sino de aquellos a los que aman". ¿Qué mayor "eros loco" que el que trajo el Hijo de Dios al unirse a nosotros hasta tal punto que sufrió las consecuencias de nuestros delitos como si fueran propias?

«Al que traspasaron»

Queridos hermanos y hermanas, ¡miremos a Cristo traspasado en la Cruz! Él es la revelación más impresionante del amor de Dios, un amor en el que eros y agapé, lejos de contraponerse, se iluminan mutuamente. En la Cruz Dios mismo mendiga el amor de su criatura: Él tiene sed del amor de cada uno de nosotros. El apóstol Tomás reconoció a Jesús como "Señor y Dios" cuando puso la mano en la herida de su costado. No es de extrañar que, entre los santos, muchos hayan encontrado en el Corazón de Jesús la expresión más conmovedora de este misterio de amor. Se podría incluso decir que la revelación del eros de Dios hacia el hombre es, en realidad, la expresión suprema de su agapé. En verdad, sólo el amor en el que se unen el don gratuito de uno mismo y el deseo apasionado de reciprocidad infunde un gozo tan intenso que convierte en leves incluso los sacrificios más duros. Jesús dijo: "Yo cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí". La respuesta que el Señor desea ardientemente de nosotros es ante todo que aceptemos su amor y nos dejemos atraer por Él. Aceptar su amor, sin embargo, no es suficiente. Hay que corresponder a ese amor y luego comprometerse a comunicarlo a los demás: Cristo "me atrae hacia sí" para unirse a mí, para que aprenda a amar a los hermanos con su mismo amor.

Sangre y agua

«Mirarán al que traspasaron». ¡Miremos con confianza el costado traspasado de Jesús, del que salió "sangre y agua"! Los

Padres de la Iglesia consideraron estos elementos como símbolos de los sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía. Con el agua del Bautismo, gracias a la acción del Espíritu Santo, se nos revela la intimidad del amor trinitario. En el camino cuaresmal, haciendo memoria de nuestro Bautismo, se nos exhorta a salir de nosotros mismos para abrirnos, con un confiado abandono, al abrazo misericordioso del Padre. La sangre, símbolo del amor del Buen Pastor, llega a nosotros especialmente en el misterio eucarístico: "La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús... nos implicamos en la dinámica de su entrega". Vivamos, pues, la Cuaresma como un tiempo "eucarístico", en el que, aceptando el amor de Jesús, aprendamos a difundirlo a nuestro alrededor con cada gesto y palabra. De ese modo contemplar "al que traspasaron" nos llevará a abrir el corazón a los demás reconociendo las heridas infligidas a la dignidad del ser humano; nos llevará, particularmente, a luchar contra toda forma de desprecio de la vida y de explotación de la persona y a aliviar los dramas de la soledad y del abandono de muchas personas.

Que la Cuaresma sea para todos los cristianos una experiencia renovada del amor de Dios que se nos ha dado en Cristo, amor que por nuestra parte cada día debemos "volver a dar" al prójimo, especialmente al que sufre y al necesitado. Sólo así podremos participar plenamente de la alegría de la Pascua. Que María, la Madre del Amor Hermoso, nos guíe en este itinerario cuaresmal, camino de auténtica conversión al amor de Cristo. A vosotros, queridos hermanos y hermanas, os deseo un provechoso camino cuaresmal y, con afecto, os envío a todos una especial Bendición Apostólica".

BENEDICTUS PP. XVI

Documentos del Celam

LA PREPARACIÓN DE LA V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE

Intervención del cardenal Francisco Javier Errázuriz Ossa, presidente del CELAM

Agradezco al presidente de la Pontificia Comisión, su eminencia el cardenal Juan Bautista Re, la oportunidad de presentarles el avance de los trabajos preparatorios de la Conferencia general de Aparecida. Las etapas de este camino hasta enero del año 2005 fueron expuestas en nuestra anterior plenaria. Sólo recordaré los elementos más importantes de esa primera etapa, para referirme a continuación al trabajo preparatorio de los últimos dos años.

I. Tres constataciones

Ustedes recordarán que en la XXVIII Asamblea del Celam, celebrada en Caracas el año 2001, el presidente de la Conferencia episcopal de Honduras recordó a todos que cabía pedirle al Santo Padre la convocación de una nueva Conferencia general del Episcopado latinoamericano. El asunto fue resuelto rápidamente. Casi todos los votos fueron favorables. Sólo dos abstenciones. Esa resolución tan inmediata y entusiasta me enseñó algo que ignoraba. *El Celam es una familia* de *Conferencias episcopales*, y esta sentía la necesidad de encontrarse, de dialogar, de discernir juntos los signos de nuestro tiempo, y de orientar los esfuerzos pastorales con espíritu de comunión.

Tres años más tarde, en febrero del año 2004, los representantes de nuestras Conferencias episcopales se reunieron en Puebla de los Ángeles. Quisimos reflexionar *sobre la magnitud de los cambios*

ocurridos recientemente en nuestros pueblos *y en la Iglesia de nuestro continente.* Nos impresionó la extensa lista de transformaciones profundas que se habían producido y que seguían modelando y desafiando nuestra convivencia y nuestras relaciones, como también la vida de la Iglesia y las prioridades pastorales con que realizamos su misión. El tiempo había dejado su huella. Me detengo en tres constataciones que surgieron en nuestra reflexión.

1. Sintetizando la experiencia de situaciones nuevas, de inseguridad ante el futuro y de inéditos compromisos, podemos leer la primera en el Documento que ha suscitado la participación de quienes preparan la Conferencia de Aparecida, que vivimos *en medio de los dolores de parto de una nueva época.* Citaré el *Documento de Participación* (DoPa) con libertad, ateniéndome más al sentido de las palabras que a su versión literal. Expresa:

«De hecho, América Latina y el Caribe son desafiados con fuerza por los cambios religiosos, éticos y, en general, culturales, que marcan dolores de parto de una nueva época. *No somos una isla.* Tenemos que orientar nuestro trabajo pastoral hacia la conversión de hombres, mujeres y jóvenes que viven en el hoy, cuyas convicciones vacilan... atraídas, desafiadas o rechazadas por los mensajes de los medios de comunicación y por los grupos que se llaman progresistas y, en reacción a ellos, por tendencias exclusivamente conservadoras. Remaremos mar adentro y lanzaremos las redes en el nombre del Señor Jesús, confiando en su palabra, navegando con frecuencia contra la corriente, pero con simpatía por cada persona, creada y recreada a imagen y semejanza de Dios, que tiene sed de su paternidad, de humanidad y fraternidad; también con simpatía crítica a este tiempo que es el nuestro; y sobre todo, con inmensa gratitud por los proyectos de Dios» (n. 94).

Continúa el documento: «El parto de una época tiene sus

tiempos de gestación, de espera y de dar a luz. Pero no todo es lineal. En el seno de la historia pueden luchar diversas criaturas que quieren triunfar y ver la luz. Los signos del crepúsculo de una era que concluye y del amanecer de otra, se han hecho presentes en las últimas décadas, en medio de luchas ideológicas, raciales y aun religiosas. Pero vienen de más lejos. El paso al tercer milenio es el símbolo de una transición que aún perdura. *De hecho las relaciones del ser humano* consigo, con la familia, con el mismo Dios, además con la naturaleza, la verdad, la información y la técnica, *están cambiando profundamente,* más allá de la evolución orgánica que conlleva el decurso de la historia» (n. 95).

Sin detenernos ahora en los cambios que podemos constatar en el ámbito del conocimiento -baste pensar en la astronomía y en la investigación genética-, de la técnica, la comunicación y la economía; de la ética y la política internacional; y sin referimos a la globalización, temas presentes en el *Documento de Participación,* echemos una mirada tan sólo a ese ámbito más humano de nuestra existencia, del cual depende de manera determinante la cultura. Me refiero *al matrimonio, la familia, la mujer, la vida y el amor.*

Con dolor el documento mencionado (cf. *DoPa,* 99-101) constata: «La cultura condena tanto a la familia, como a la maternidad y a la natalidad. Incontables personas se encierran en su yo, y viven procurando tan sólo su autorrealización, sin desarrollar algo tan necesario para realizarse y ser felices: la vocación de ser un don gratuito para otros. La familia sufre los embates más fuertes de la historia. No se le reconoce su valor ni para los individuos ni para la vida social y religiosa. Es más, tampoco se la reconoce como fruto del matrimonio».

Por otra parte, el matrimonio como concepto y como realidad viva, es violentado por quienes lo abren a uniones pasajeras, lo separan de la procreación y lo aceptan para parejas del mismo sexo (cf. *ib.*, nn-215-218; 221 ss). Al menos en el mundo

occidental puede ocurrir muy pronto que la mayoría de los jóvenes no haya contado con la experiencia dignificante de un hogar estable, ni con un padre cercano, ni con una madre que le brindase el cariño y la incondicionalidad que necesitaba. ¿Son estos los signos de una nueva época, o más bien de la decadencia de la época que concluye, que gime y clama por el nacimiento de una nueva que redescubra la novedad del Evangelio, dando respuesta a grandes expectativas y procurando realizaciones más humanas?

«Cambia asimismo el sentir sobre la identidad y la misión de la mujer. Faltaba su aporte de humanidad en la vida pública y en la actividad productiva (cf. n. 295), regidas muchas veces por categorías de eficacia masculina y sin suficiente consideración de las personas y de la comunión. Pero, al mismo tiempo que ella despliega el don más valioso que ha recibido, su maternidad, y la proyecta en forma espiritual para cuidar y proteger la vida, abrirle espacio y alimentarla en el mundo social, atentan contra su misión en el mundo y en la familia los intentos por conducirla al menosprecio y al ocaso de ese maravilloso don, la maternidad, a la mera competencia con el varón, al reclamo de leyes que le den el "derecho" sobre su cuerpo, vulnerando el respeto por una nueva vida que crece en él, el derecho a la disolución rápida del matrimonio y la familia, a la esterilización no terapéutica y a otras novedades, como si fueran grandes logros y derechos de "género". Todo ello debilita la cultura de humanidad que depende vitalmente del despliegue generoso de su genio femenino».

En relación a estos temas y a muchos otros, cambian asimismo los parámetros de las políticas públicas. Con demasiada frecuencia nuestros Gobiernos optan por actitudes permisivas. Constatan una gran diversidad de visiones y opciones en la sociedad, y privilegian como norma absoluta las decisiones personales de los ciudadanos, a los cuales se les reconoce la

mayor libertad. Es más, se legitima y legaliza las opciones subjetivas, porque el Estado, dicen, no puede optar por ningún modelo. Esta indefinición es ya dictadura cuando los gobiernos subvencionan la educación particular sólo si cumple con una condición: que comparta la indefinición del Estado, que favorece el relativismo moral, el nihilismo, y el caos de la ética.

Un caso evidente y emblemático se da en relación a los diferentes «modelos» de matrimonio y familia. So pretexto de no interferir la libertad individual, el Estado no favorece ninguno, con lo cual menoscaba el único verdadero. Pero, ¿no debiera favorecer el matrimonio nuclear, compuesto de padre, madre e hijos en un hogar estable, sabiéndose que este modelo, precisamente por ser el querido por Dios -agregaríamos nosotros-, es el que más favorece a los hijos, ayudándolos a ser personalidades ricas en valores, con equilibrio afectivo, con iniciativas, que caen mucho menos que otros en la deserción escolar, el sexo precoz, la paternidad y maternidad adolescentes, la delincuencia, el alcoholismo y la droga? ¿No debiera favorecer este modelo, porque sólo así puede frenar el descenso alarmante de la natalidad, con todas sus consecuencias negativas? ¿No debiera favorecerlo, porque al considerar verdadero matrimonio a una unión de dos personas del mismo sexo, pierde toda orientación basada en la naturaleza, y así le abre la puerta a la poligamia, a la poliandria, a las uniones de varios hombres con varias mujeres, con sus pretensiones de ser consideradas matrimonio y de gozar de todas las atribuciones del mismo, especialmente del derecho a la adopción?

En este contexto podemos constatar una tendencia que acompaña y sustenta la ya mencionada, y que introduce profundos cambios en el orden de la verdad, las costumbres, la configuración de la sociedad y su legislación.

«La sociedad ha abierto sus ojos y ha descubierto postergaciones,

discriminaciones y amenazas reales que antes no percibía o no quería percibir: cuestionada por ellas, se ha propuesto una acción bienvenida y liberadora. Pero cuando esta tendencia está compenetrada de indiferencia ante la voluntad del Creador, desorbita justas aspiraciones de grupos humanos y de otras realidades que sufren. En efecto, ha surgido una nueva conciencia contraria a toda discriminación, que busca la justicia y la equidad; con frecuencia, sin embargo, ajena y contraria a la verdad y el bien. La agenda para la debida superación de toda discriminación de la mujer, como lo vimos más arriba, conlleva en determinados grupos militantes el reconocimiento del "derecho" a dar muerte al más inocente de los seres humanos. La causa noble de velar por los equilibrios ecológicos ha sido también abrazada por algunos movimientos ecologistas que niegan toda superioridad de la persona sobre las demás criaturas. Y cuando proclaman la intangibilidad de la naturaleza, hacen una excepción, nada menos que el aborto, porque seria necesario disminuir el número de los que son agresores potenciales del medio ambiente» *(DoPa,* 107).

Resumiendo podemos decir que los cambios culturales que son impulsados en nuestros países, y que en buena parte tienen sus raíces en Europa, constituyen un enorme desafío a la nueva evangelización. En efecto, muchos de ellos persiguen la emancipación de nuestra cultura de su matriz cristiana y católica..., una emancipación que no libera, porque la verdad del Evangelio nos hace libres y hermanos.

2. Sin embargo, *no todas las realidades cambian.* Algunas de ellas nos alegran, por ejemplo, la persistencia de la fe en Dios y de la valoración de la familia. Pero hay otras que permanecen como una profunda herida en el tejido social. Es la segunda constatación que consignamos: *la enorme pobreza de un porcentaje muy importante de la población de nuestros países, y las desigualdades sociales y económicas, laborales y sanitarias, educacionales y culturales*

que encontramos en ellos. En general estas no han cambiado. Tenemos altísimos índices de pobreza y de miseria, y somos el continente con las mayores desigualdades en los ingresos.

A pesar de la insistencia de las últimas Conferencias generales del Episcopado en impulsar *la opción preferencial por los pobres,* tenemos que constatar que:

«Los beneficios económicos del desarrollo macroeconómico en los países de la región que han crecido, no son distribuidos con equidad. Sigue siendo escandalosa la persistencia de la pobreza, la miseria y el desempleo en un sub-continente formado mayoritariamente por cristianos. Y crece la brecha del ingreso entre los más ricos y los más pobres. Estos males golpean principalmente a millones de mujeres que son responsables de su hogar, de indígenas y de afroamericanos. La opción preferencial por los pobres aún no da frutos que permitan mirar el futuro como un tiempo de fraternidad y de paz» *(DoPa,* 126).

La escasa repercusión, en términos globales, de la opción evangélica y preferente por los pobres nos exige una reflexión acerca de sus causas, sobre todo de la debilidad de nuestro compromiso como cristianos con el sufrimiento de Cristo en los pobres y afligidos. Muchísimos cristianos no encuentran en ellos el rostro de Cristo y no se acercan a su dolor, y un elevado número de cristianos no está comprometido con su identidad de ser otros cristos, con firme voluntad de no ser servidos sino de servir, con una actitud de justicia y misericordia, como constructores de la fraternidad y la paz. Nos duele constatar que, en proporción, son pocos los católicos destacados que entregan su vida y su liderazgo al servicio público, y menos aún los que lo hacen de manera coherente con su condición de discípulos de Jesucristo. Ha crecido la crítica por su ineficacia en la transformación de la sociedad según el querer de Dios.

Surge una pregunta: ¿Nos hallamos ante un gran vacío en nuestras prioridades pastorales? ¿No hemos descuidado la formación de los laicos para ordenar las realidades temporales según el querer del Señor, invitándolos más bien a participar en la construcción de la Iglesia? (cf. *DoPa,* 154).

3. Desde las Conferencias de Puebla y Santo Domingo se han *producido cambios notables también en la vida de la Iglesia.* Esta es la tercera constatación. Los valoramos, por ejemplo, cuando constatamos una creciente vitalidad espiritual y comunitaria, y la rica siembra de nuevos carismas y los brotes de nuevos ministerios; pero nos duelen cuando se refieren a la disminución del número de los católicos, tanto en términos globales como en la participación y la recepción de los sacramentos. Los constatamos asimismo en la relación de la Iglesia con la sociedad y con otras confesiones religiosas, y en los nuevos desafíos que enfrentamos y las consiguientes prioridades pastorales.

Algunos signos de estos cambios (cf. *DoPa,* 147 s y 155) ya fueron presentados en nuestra anterior plenaria:

a. La irrupción de otras confesiones cristianas, de sistemas orientales, de la New Age y de sectas, casi siempre agresivas con la Iglesia, es un hecho nuevo y desafiante. También ha crecido la increencia, sobre todo entre los jóvenes. La pérdida de un número consistente de católicos es un cambio muy doloroso. En los últimos diez años descendió hasta el 10% el número de católicos en diversos países del continente. Esto nunca había ocurrido en nuestra historia.

Un gran número de católicos no sabe reaccionar ante este pluralismo religioso. Los desconcierta escuchar que el catolicismo sería una opción individual entre muchas de igual valor, en el mercado mundial de ofertas religiosas. Además, son incontables los bautizados que no participan en la vida de las

comunidades eclesiales y no celebran el día del Señor. Corren el riesgo de perder su identidad católica, y aun cristiana.

Por otra parte, la Iglesia experimenta una agresividad nueva en la vida pública, desconocida en los últimos decenios y contraria a la presencia del mensaje de Jesucristo; atenta contra las raíces cristianas de nuestra cultura. No faltan quienes quieren acallar y aun destruir en el continente la autoridad moral de la Iglesia y de sus pastores, y desdibujar la realidad y la misión de la familia de Dios. Al parecer, estiman que sólo así podrán liberalizar las costumbres y las leyes. Este trabajo lo facilitan nuestros errores y nuestra falta de ardor, como también los escándalos que causan las noticias cercanas o lejanas, verdaderas o falsas, de graves transgresiones a la ley moral, que socavan y destruyen credibilidades y confianzas.

b. El *Documento de Participación* no se queda, sin embargo, en constataciones deprimentes ni en lamentos estériles. También constata con alegría *la acción del Espíritu Santo en el pueblo de Dios.*

«Podemos percibir que crecen las manifestaciones de la piedad popular, sobre todo las expresiones masivas, por ejemplo, en las grandes peregrinaciones. Son palpables las iniciativas misioneras y solidarias de estudiantes movidos por su fe. Asimismo percibimos tantas búsquedas de jóvenes -que tienen como punto de partida el anhelo de felicidad, de libertad, de identidad y pertenencia, de solidaridad de hogar y paternidad, de trascendencia y de paz-, que son expresiones de una sed profunda, que se sacia con el Evangelio de nuestro Señor».

Otro signo notable de esperanza que no se da con igual fuerza en muchas otras latitudes, es el crecimiento del número de quienes se encuentran con Jesucristo y se comprometen con él y con su Iglesia. Crece de manera vigorosa ese fermento, de verdad y de vida constituido por personas, movimientos eclesiales y comu-

nidades cuya vida es atrayente, porque permanecen en el amor y en la misión de Cristo, porque en ellas vive el misterio de la Iglesia, misterio de comunión misionera. Esta realidad que nos conmueve es inseparable de la riqueza mariana y de la cercanía al Santo Padre de nuestras Iglesias particulares y de sus comunidades vivas» *(DoPa,* 31).

Podemos constatar asimismo que la recepción del magisterio de los obispos y del Papa Juan Pablo II, como también recientemente de Su Santidad Benedicto XVI, ha fortalecido la vida de la Iglesia y su misión en el mundo. Pensemos, por ejemplo, en las anteriores Conferencias generales del Episcopado latinoamericano y en las peregrinaciones del Papa Juan Pablo II a nuestros países. Recordemos, además, el eco que tuvieron recientemente y siguen teniendo la exhortación apostólica *Ecclesia in America,* como también la carta apostólica *Novo millennio ineunte* y la encíclica *Ecclesia de Eucharistia,* y de manera creciente la primera encíclica de Su Santidad Benedicto XVI, *Deus caritas est.* La Iglesia en el continente hoy sería muy distinta sin ese caudal de vida nueva y de iniciativas pastorales que se ha abierto camino en ella, la riega y la hace más fecunda (cf. *DoPa,* 33).

Con mucha confianza en la acción del Espíritu Santo, y conscientes del ofrecimiento que Dios nos hace de su gracia y de vida nueva, que intuimos al constatar tantos desafíos, iniciamos a comienzos del año 2004 la preparación de la V Conferencia general del Episcopado de Latinoamérica y el Caribe, conscientes de su necesidad y urgencia.

II. Una intuición profética en Puebla

Recordábamos en nuestra última plenaria el encuentro que reunió al Celam en el año 2004 para celebrar el XXV aniversario de la Conferencia de Puebla. Después de reflexionar sobre los

profundos cambios que habían ocurrido en la Iglesia, en la cultura occidental y en nuestros países, nos dividimos en cuatro comisiones con el objeto de delinear el tema de la V Conferencia general. Fue grande nuestra sorpresa cuando pusimos en común las conclusiones, porque apareció un consenso unánime. Consideramos que la Conferencia debía tener como *principal eje temático la vocación de ser discípulos de Jesucristo para la vida de nuestros pueblos.* Y hasta el día de hoy nos impresiona esa primera intuición. No nos condujeron a ella largos análisis de los signos de los tiempos ni reflexiones deductivas. Ese consenso, visto en perspectiva, me atrevo a decir que fue una intuición profética, una moción del Espíritu Santo.

Por ese camino, sin echar al olvido el compromiso asumido con las grandes metas de las Conferencias generales anteriores en relación a la nueva evangelización, nos convencimos de la necesidad de dar un paso más por el camino pastoral indicado en la exhortación apostólica *Ecclesia in America.* A partir del «encuentro con Jesucristo vivo» nos parecía necesario *llegar con profundidad al sujeto que debe responder* a *los grandes desafíos de nuestro tiempo.* La vocación de discípulos, de gran riqueza bíblica, nos abre el camino evangélico y eclesial para ello. Queremos desplegar, con la ayuda de Dios, toda la riqueza del encuentro con Jesucristo para formar a quienes han recibido y confirmado la gracia del bautismo, y con ella la vocación de configurarse con él como discípulos suyos, y de construir la comunión, evangelizar y dar vida nueva a nuestros pueblos.

III. Las decisiones de Su Santidad Benedicto XVI que atañen a la V Conferencia general

1. Pocos días después de su elección, el Santo Padre recibió en audiencia a la Presidencia del Celam. Con gran interés quiso enterarse de los avances de la preparación. Ya en esa ocasión se

declaró plenamente de acuerdo con la celebración de esta Conferencia general. Esperaba aprobar *el tema de la V Conferencia* antes de la Asamblea ordinaria del Celam, que se realizaría en Lima en mayo del año 2005, pero la cantidad de asuntos de los cuales tuvo que ocuparse le impidieron proceder tan rápidamente. Sin embargo, el día 7 de julio de ese año, ya indicaba el tema de la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano: «Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en él tengan vida. "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (*Jn* 14, 6)».

El Santo Padre enriqueció nuestra proposición. De él proviene la expresión «en él» y la cita evangélica. Somos discípulos y misioneros de Jesucristo cuando nuestro testimonio y nuestra misión evangelizadora se realiza verdaderamente por él, con él y en él, que es nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida. En dicha audiencia manifestó asimismo que el inicio del tercer milenio y sus desafíos propios son el contexto que no podemos olvidar.

2. A la luz del tema aprobado por el Santo Padre, con la ayuda de algunos expertos y sobre todo de la Comisión central de preparación de la V Conferencia, de la cual forman parte su eminencia el cardenal Cláudio Hummes, o.f.m., los arzobispos Alberto Suárez, de México, y Alberto Giraldo, de Colombia, y los obispos Julio Cabrera, de Guatemala, José Grullón, de la República Dominicana, José Luis Azuaje, de Venezuela, Andrés Stanovnik, o.f.m.cap., que la preside como secretario del Celam, y el p. Sidney Fones, secretario adjunto del Consejo episcopal, nos dedicamos a la tarea de formular un escrito que presentara el tema y suscitara la participación de las comunidades en todas las diócesis del continente que se propusieran trabajar activamente en la preparación de esta Conferencia general. Por su objetivo propio lo llamamos *Documento* de *Participación*. Con él ofrecimos además una ayuda metodológica: las 20 fichas que lo acompañaban. La Pontificia Comisión nos ayudó con valiosas

observaciones al proyecto de documento, y este fue publicado en septiembre del año 2005.

3. Con ocasión del Sínodo de los obispos sobre la Eucaristía, el 15 de octubre de 2005, tuvimos una audiencia con Su Santidad Benedicto XVI, en la cual participaron los cardenales dom Pedro Rubiano, dom Cláudio Hummes, dom Jorge Mario Bergoglio y un servidor. Pusimos en sus manos el primer ejemplar del *Documento de Participación*. Él deseaba conversar con nosotros sobre los temas pendientes, a saber, sobre el lugar en que se realizaría la Conferencia y la fecha de su celebración. Nos parecía de suma importancia su presencia en América Latina. Sin lugar a dudas profundizaría la pertenencia a la Iglesia de muchos bautizados más alejados o vacilantes, y su conducción pastoral llegaría más hondamente al corazón creyente de los fieles. Además, había una razón simbólica: convenía mostrar la diferencia entre un Sínodo y una Conferencia general. En este segundo caso, la iniciativa se remonta a las Conferencias episcopales, también en cuanto a la primera proposición del tema. El documento final es una expresión del magisterio episcopal en comunión con el Santo Padre. Él mismo lo autoriza. Por eso nos parecía conveniente que su celebración tuviera lugar, como en los casos anteriores, en la región en la cual sirven a la Iglesia las Conferencias que le piden al Papa ser convocadas por él para reunirse.

Después de escuchar proposiciones concretas, el Santo Padre decidió: «será junto al santuario mariano de Aparecida. Dios, que me ha dado este encargo, me dará las fuerzas para cumplirlo». Como fecha aprobó que tuviera lugar del 13 al 31 de mayo del año 2007.

4. Pocas semanas más tarde, el 23 de noviembre de 2005, con su firma y su escudo, nos envió la oración con que imploraríamos la gracia del Señor durante la preparación de la Conferencia de Aparecida.

5. El día 20 de abril de 2006, su eminencia el cardenal Re nos comunicó oficialmente que Su Santidad Benedicto XVI convocaba formalmente para los días 13 al 31 de mayo del año 2007 la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano y del Caribe, cuya sede sería la ciudad de Aparecida en Brasil. Su tema: «Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en él tengan vida. "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (*Jn* 14, 6)».

En esa misma oportunidad el cardenal nos comunicó que el Sumo Pontífice el día 8 de abril había aprobado el Reglamento «que deberá seguirse para la preparación, designación de participantes y el desarrollo de dicha V Conferencia». Según este Reglamento, el número de los obispos que tendrán derecho a voto será aproximadamente 160 (se elegirá según la clave: un obispo por cada 8 obispos en pleno ejercicio en cada país). A ellos se agregan 10 obispos sin derecho a voto, y aproximadamente 75 invitados entre sacerdotes, miembros de institutos de vida consagrada, diáconos permanentes, laicos y laicas, a los cuales hay que agregar algunos observadores de otras confesiones religiosas y un número adecuado de peritos.

Dicha comunicación fue causa de una gran alegría. Escribía el señor cardenal después de su audiencia con el Papa: «Me es grato participarle que el Santo Padre agradece de corazón la labor de preparación de la V Conferencia que ya ha realizado el Celam y las Conferencias episcopales, extendiendo también su gratitud a quienes colaboran en dicha preparación».

6. El día 12 de diciembre recién pasado, fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe, *L'Osservatore Romano* publicó la decisión del Santo Padre mediante la cual nombró a los tres presidentes de la V Conferencia General, como también al secretario general y al secretario adjunto.

IV. Varias vías de preparación

Los Estatutos del Celam establecen entre sus funciones la de "preparar las Conferencias generales del Episcopado latinoamericano y del Caribe cuando la Santa Sede las convoque..." (art. 4, 7). La Asamblea de Tuparendá dio el siguiente encargo a la nueva Presidencia: "animar y coordinar, en comunión con la Santa Sede, la participación de las Conferencias episcopales en la preparación y celebración de la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano".

Para cumplir con este encargo, recorrimos cinco caminos que contribuirían a preparar Aparecida. Un primer camino de preparación, el camino más amplio y directo, ocurriría en las diócesis y en los países. Otro camino nos pondría en contacto con los diferentes dicasterios de la Curia romana, pidiéndoles sus aportaciones en la preparación de la Conferencia. De hecho, recibimos valiosas aportaciones. Un tercer camino nos llevaría a reorientar, a la luz del tema de la Conferencia de Aparecida, el cumplimiento de los programas recibidos de las Asambleas anteriores del Celam, que configuran el Plan global del cuatrienio, y el cuarto camino lo recorreríamos convocando congresos y seminarios de especialistas, para que los participantes pudieran enriquecerse con sus reflexiones. Por último, un quinto camino nos conduciría a la publicación de algunos libros sobre la situación de América Latina y el Caribe, y sobre temas bíblicos que iluminasen el temario de la Conferencia de Aparecida.

A. La preparación en las Conferencias episcopales y en las diócesis

Muchas Conferencias episcopales recibieron con entusiasmo el temario y la invitación a participar activamente en la preparación. Algunos países y algunas diócesis, sin embargo, que ya trabajaban determinadas etapas de su propio plan

pastoral, postergaron el trabajo con el temario para el tiempo posterior a Aparecida. El *Documento de Participación* fue reimpreso en muchos países. Otros imprimían sus diferentes capítulos, bajándolos de la página web del *Celam*. Algunas Conferencias episcopales adaptaron las fichas a su realidad específica.

El trabajo se reveló muy fecundo en aquellas diócesis que invitaron no sólo a reflexionar y elaborar aportaciones, sino además a rezar y a iniciar desde ya el proceso de vida que conlleva escuchar la palabra de Dios en el tema de la Conferencia, y cumplirla sin esperar la publicación del documento conclusivo, sino sacando de inmediato consecuencias para la vida y para la misión personal y comunitaria, conforme a las palabras de la santísima Virgen: «Hagan lo que él les diga». En muchos lugares los sacerdotes quedaron sorprendidos por el interés que despertó el tema en comunidades de fieles laicos. En algunos países las Asambleas de las Conferencias episcopales dedicaron parte de sus reflexiones a la V Conferencia general. La ficha para los obispos fue el punto de partida de intercambios sobre su vida y su ministerio que no siempre ocurren.

En la sede del Celam recibimos a partir del mes de noviembre las aportaciones de las Conferencias episcopales. Durante el mes de diciembre fueron clasificadas según los diversos temas. Respondieron 21 de las 22 Conferencias episcopales. Sus respuestas sumaron 1.421 páginas. En los Estados Unidos de América se trabajó con el *Documento de Participación* en 50 diócesis. También ellas enviaron el fruto de sus reflexiones.

No faltó una Universidad que promovió trabajos de investigación sobre el tema. Nos envió dos libros con los resultados. Tampoco faltaron aportaciones de personas y organismos de varios países, también de organismos internacionales, que fueron enviadas directamente a la sede del Celam. Sumaron otras 720 páginas.

Durante estas semanas del mes de enero un grupo de obispos y de teólogos trabajan arduamente en Bogotá, resumiendo las aportaciones que llegaron, y escribiendo el «Documento de Síntesis». Es una labor difícil, porque este documento de síntesis por una parte debe reflejar fielmente los aportes recibidos pero sin abundar en páginas, y por otra parte debe reflejar con claridad cuáles son los grandes temas de Aparecida, de manera que sea fácil determinar los temas y sub-temas que ocuparán nuestra atención, y las comisiones que trabajarán en ellos. Este será el instrumento sucinto que tendrán a mano los convocados para prepararse a participar en la Asamblea. Naturalmente en Aparecida también tendrán todo el acceso que deseen a las aportaciones en sus textos originales.

B. Congresos, encuentros y seminarios organizados por el Celam en preparación de la V Conferencia general

Los encuentros y seminarios que formaban parte del Plan global 2003-2007, desde el momento en que el Santo Padre aprobó el tema de la Conferencia de Aparecida, fueron realizados a la luz de dicho tema. Por eso, en muchos de ellos hubo aportes directos para la V Conferencia general.

En forma explícita, como un servicio a *la reflexión que suscita la V Conferencia general,* convocamos además diversos congresos, encuentros y seminarios para que numerosos miembros de nuestra Iglesia, que han dedicado su vida a realizar la misión del Pueblo de Dios desde ángulos específicos, pudieran aportar sus experiencias y reflexiones. Para ello se realizaron las siguientes actividades:

A) Dos *congresos continentales* con una amplia participación de representantes de las áreas respectivas:

1. *Primer encuentro continental de representantes de Movimientos*

apostólicos y *nuevas comunidades en América Latina* y *el Caribe.* Preparado en conjunto con el Pontificio Consejo para los laicos. *Tema:* «Discípulos y misioneros de Jesucristo hoy», itinerarios de fe y compromisos.

Participantes: 189 personas (incluido el equipo de apoyo).

Un primer balance mostró que este congreso, el primero realizado en América Latina por los Movimientos eclesiales de nuestro continente y del Caribe, tuvo una gran fecundidad. Participaron más de 40 movimientos eclesiales. Tanto el presidente del Pontificio Consejo para los laicos, mons. Stanistaw Rylko, y sus colaboradores, como los miembros del Celam y los obispos presentes, consideraron de gran valor tanto la invitación a ofrecer su experiencia como también la acogida que recibieron del Consejo episcopal tantos carismas, que el Espíritu Santo ha regalado a la Iglesia como otras tantas escuelas de formación de discípulos y misioneros, acordes con las necesidades de nuestro tiempo.

2. *Encuentro continental y congreso* de *teología-pastoral mariana. Tema:* Destacar y acoger la piedad mariana de nuestros pueblos hacia la santísima Virgen María, Madre de Jesús y de sus discípulos. *Lugar y fecha:* Cuautitlán, México, del 27 de septiembre al 1 de octubre 2006. *Participantes:* 126 personas (incluido el equipo de apoyo).

Este gran Encuentro quería buscar respuestas a un tema candente de nuestra pastoral. En nuestro continente mariano, que también por esta característica de su cultura se le ha llamado el continente de la esperanza, nosotros los obispos, los sacerdotes, los diáconos, los consagrados, los agentes pastorales, ¿qué hacemos pastoralmente con el gran don que Dios nos ha regalado: nuestra relación cordial y creyente con la santísima Virgen? En nuestro trabajo pastoral, ¿sabemos alimentar y

cultivar el amor a ella, de manera que produzca todos sus frutos: que nos conduzca a Cristo, que nos ayude a ser dóciles al Espíritu Santo, a confiar en el querer de Dios y a colaborar con él, que nos contagie con su vida eucarística y su compromiso con los pobres, que nos transmita su responsabilidad por la historia, que suscite en nosotros la voluntad de vivir en comunión y forjar la paz? ¿Lo hacemos realmente? ¿No nos ocurre con frecuencia que optamos por la otra solución silenciosa y poco fecunda? En efecto, podemos constatar que muchas veces nos basta con esperar que el amor a la Virgen siga su curso, y no nos preocupamos ni de posibles reduccionismos, ni menos aún de despertar este vigoroso dinamismo que lleva al encuentro con Jesucristo vivo, y que inspira los caminos de la conversión, la comunión y la evangelización, los caminos para construir la Iglesia sin formalismos, liberándolo de estructuras de pecado, porque Dios quiere derribar de su trono a los poderosos y a los soberbios, y espera nuestra colaboración. Nuestro Congreso dio vigorosos impulsos para abrir este fecundo horizonte pastoral.

B) Nueve seminarios, es decir, nueve encuentros de expertos con el objetivo de preparar subsidios (publicaciones) para quienes participen en la V Conferencia general. Transcribo a continuación el objetivo de estos seminarios.

1. *Seminario sobre la «Iglesia en la opinión pública». Tema:* «Recoger la actual opinión pública generalizada sobre la Iglesia católica en las diversas franjas de la población». *Lugar y fecha:* Bogotá, septiembre de 2005. *Participantes:* 23 personas.

2. *Seminario sobre el presbiterado. Tema:* «El presbítero, discípulo y misionero de Jesucristo en América Latina». *Lugar y fecha:* Panamá, marzo de 2006. *Participantes:* 10 personas.

3. *Seminario sobre gestores sociales: políticos, empresarios, laborales. Tema:* «Profundizar la tarea de los laicos en el momento presente

de América Latina y buscar las causas de la incongruencia en el ser y quehacer de un gran número de fieles». *Lugar y fecha:* Bogotá, agosto de 2006. *Participantes:* 22 personas.

La invitación al Seminario recordaba un texto del *Documento de Participación*, que afirma: "Probablemente hemos descuidado la formación de los laicos para ordenar las realidades según el querer del Señor. Los hemos invitado más bien a participar en la construcción de la Iglesia. Por eso constatamos en incontables constructores de la sociedad influyentes y bautizados, sobre todo en un gran número de políticos, economistas, empresarios, sindicalistas y comunicadores sociales, que sus convicciones éticas son débiles y no logran cumplir su responsabilidad en el mundo con coherencia cristiana» (n. 154).

La convocatoria del Seminario invitaba a reflexionar sobre «los laicos en el tiempo actual de América Latina y el Caribe, desafíos y oportunidades, desde el mundo de la economía, la política y el trabajo, para consolidar su participación como discípulos y misioneros de Jesucristo con el fin de que nuestros pueblos en él tengan vida».

4. *Seminario sobre el cambio cultural: Tema:* «Discernir el cambio de época que estamos viviendo, con sus oportunidades y amenazas para los fieles cristianos como discípulos y misioneros de Jesucristo». *Lugar y fecha:* del 5 al 7 de septiembre de 2006. *Participantes:* 20 personas.

El objetivo con el que se invitó a participar en este seminario consistió en discernir los signos del cambio de época que estamos viviendo, para descubrir en ellos oportunidades que presentan para desarrollar la identidad, vocación y misión de los fieles cristianos -discípulos y misioneros de Jesucristo-, como también identificar sus amenazas. La clave para el discernimiento sería, según la invitación, el tema que nos

entregó Su Santidad Benedicto XVI para la V Conferencia general: «Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en él tengan vida. "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (*Jn* 14, 6)».

5. *Seminario de reflexión interdisciplinar. Tema:* «Reflexionar sobre el acontecimiento de la V Conferencia general en el contexto histórico eclesial y social actual». *Lugar y fecha:* Bogotá, octubre de 2006. *Participantes:* 21 personas.

En la carta invitación a este seminario decíamos que percibimos la necesidad de abrir un diálogo en un espacio especializado e interdisciplinar sobre el tema y el acontecimiento eclesial que significa celebrar la V Conferencia general en el actual momento histórico de la Iglesia en América Latina y el Caribe. Quisimos invitar a esta reflexión e intercambio a personas que provienen de diversas disciplinas en el área de la teología, de la filosofía y de la sociología.

Agregábamos a modo de sugerencia y como primer apunte temático, que podríamos orientar nuestra reflexión siguiendo esta pauta: 1. Compartir las reacciones que suscita la V Conferencia general como acontecimiento eclesial en el momento actual de América Latina y el Caribe. 2. Individuar los grandes temas que debería abordar la V Conferencia general. 3. Confrontar el alcance y significado del tema de la V Conferencia: «Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en él tengan vida» con esos grandes temas como respuesta a ellos.

6. *Seminario «Para la vida de nuestros pueblos en Cristo»* (exclusivo de mujeres). *Tema:* «Profundizar la contribución femenina a la perspectiva de vida que encierra el tema que nos ha entregado el Santo Padre para la V Conferencia general». *Lugar y fecha:* Bogotá, noviembre de 2006. *Invitadas:* una mujer de cada uno de los 22 países.

Les escribimos al invitarlas: el tema de la V Conferencia -«Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en él tengan vida, "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (*Jn* 14, 6)»-, ha suscitado un gran interés. Esta Conferencia quiere responder a los grandes desafíos de nuestro tiempo, que provocan en tantas personas una dolorosa inseguridad acerca de los valores y las actitudes con los cuales construiremos el futuro, y que emergen como una apremiante sed de vida, de vida en abundancia, de vida nueva en Cristo. Queremos cumplir nuestra misión con toda la novedad y la fuerza del texto evangélico, confesando con nuestro ser y con el testimonio de nuestras obras que Cristo es el camino, la verdad y la vida, nuestra esperanza y nuestro canto. En este marco esperamos recoger las reflexiones que surgen de la misión de la mujer y de su maternidad espiritual a favor de la vida y la sociedad, y ese es el propósito del seminario al que la hemos invitado.

Para que este encuentro sea fecundo, estamos solicitando a todas las participantes escribir *un breve documento de tres a cinco páginas* (letra tamaño 12) sobre dos temas: «Realidades y procesos actuales en América Latina y el Caribe más determinantes para nuestra sociedad y la Iglesia, que pueden ser considerados como signos de vida o, por el contrario, signos de enfermedad y de muerte», y «Acciones y actitudes fecundas que debemos promover y a las cuales hemos de abrirles espacio para su ejecución, de manera de impulsar la cultura de la vida, de la vida nueva en Cristo, para que nuestros pueblos tengan vida en él».

7. *Seminario de misionología. Tema:* «Aportar criterios y orientaciones pastorales a la V Conferencia general sobre la misión continental, que se espera impulsar luego de la reunión de Aparecida». *Lugar* y *fecha:* Bogotá, *marzo* de 2007. Participantes: 12-15 personas (por definir).

8. *Encuentro con economistas mundiales y Celam. Realizado en*

común *con Misereor. Tema:* «La globalización, la superación de la pobreza y la inequidad». *Lugar y fecha:* Roma, *marzo* de 2007. *Participantes:* 4 economistas y 5 Celam.

C. Publicaciones sobre diferentes temas relacionados con la Conferencia de Aparecida

Si bien las comunidades que han sido consultadas han trabajado con mucho interés y entusiasmo, ello no garantiza que el resumen de sus aportaciones sea suficiente para lograr una visión profunda, global a la vez que sectorizada, de la realidad con sus elementos más determinantes y dinámicos, ni el discernimiento de lo encontrado desde el corazón y la voluntad de Dios, ni la cristalización de las líneas pastorales más sabias y proféticas para la acción pastoral en nuestras Iglesias particulares.

Desde un comienzo de la preparación la Presidencia del Celam estimó que sería necesario ofrecer diversos estudios y reflexiones sobre temas centrales para el trabajo de la V Conferencia general. Las materias y las perspectivas para abordarlas son numerosas. Sólo nos sería posible ofrecer algunas aportaciones sobre unos pocos temas, para prestar con ellas un limitado servicio.

El tema nos sugería publicar, desde una perspectiva bíblica, algunos estudios sobre el discipulado y el envío misionero en la Iglesia. Así apareció una serie de estudios, que publicamos conjuntamente con las Ediciones San Pablo y con las Paulinas, con el objeto de facilitar su distribución. El primero es una introducción al discipulado de Jesús. Sendos títulos se ocupan de los discípulos y misioneros en la obra de Lucas, en el evangelio de Mateo y de Marcos, y del empeño misionero de los discípulos en los Hechos de los Apóstoles. Si bien aún faltan algunos títulos, esta colección la corona un estudio sobre María, discípula de Jesús y mensajera del Evangelio.

Por otra parte, publicamos dos escritos de notables peritos que trabajaron en la Conferencia de Santo Domingo. En efecto, reeditamos el libro de un querido experto que Dios se llevó a su casa, Germán Doig, con el título «De Río a Santo Domingo», para ubicar las reflexiones de Aparecida en el contexto de las Conferencias anteriores, y publicamos un ensayo de Joseph-Ignasi Saranyana, profesor de historia de la teología en la Universidad de Navarra, titulado: «Cien años de teología en América Latina».

El Observatorio de la realidad en América Latina y el Caribe del Celam, que en este cuatrienio ha dado sus primeros pasos, nos ofreció tres estudios, que también fueron publicados: «América Latina, sociedades en cambio», «Católicos y políticos, una identidad en tensión», y «Sectas y nuevos Movimientos religiosos».

A las publicaciones anteriores hay que sumar las que saldrán en las próximas semanas, frutos de los congresos y seminarios citados más arriba. De hecho, las conferencias que serán publicadas ya se encuentran fácilmente asequibles en la página web de la V Conferencia general: www.celam.info. Como corresponde a su género literario, cada conferencia no es un documento del *Celam*, sino una exposición de las reflexiones de quien la dio en el seminario respectivo. En su conjunto, la lectura de todas ellas es valiosa y facilita el conocimiento de personas y realidades que existen en nuestro continente y en nuestra Iglesia, que muestran sus luces y sus sombras, acompañadas de un esfuerzo de discernimiento.

No podría concluir este capítulo sin hacer una mención muy agradecida a la oración permanente de incontables católicos y comunidades del continente y del Caribe, sobre todo en los monasterios de vida contemplativa que entre nosotros florecen, los cuales imploran al Señor que nos dé siempre, y de modo

especial en Aparecida, el fuego de su Santo Espíritu, para que «ilumine nuestras mentes y despierte entre nosotros el deseo de contemplarlo, el amor a los hermanos, sobre todo a los afligidos, y el ardor por anunciarlo al inicio de este siglo» (cf. oración del Santo Padre para Aparecida).

V. Sobre el presupuesto y el financiamiento de la Conferencia de Aparecida

No quisiera abusar de la paciencia de ustedes, exponiendo todos los datos que se refieren a este rubro. Lo primero que quisiera decir es que en todo momento hemos contado con la colaboración del señor arzobispo de Aparecida, mons. Raymundo Damasceno Assis y con el rector del santuario y su gran equipo de colaboradores. Es difícil imaginar la cantidad de comisiones que trabajan para preparar la Conferencia y acompañarla durante su desarrollo.

Los espacios en los cuales tendrán lugar los trabajos de la Conferencia, las comisiones, subcomisiones, secretarias, oficinas de Prensa, etc., están siendo subdivididos y acondicionados para nuestra Asamblea. El alojamiento tendrá lugar en el seminario, y sobre todo en hoteles de no muchas estrellas, lo que será recibido con agrado por los obispos, que no quieren lujos cuando se congregan para rezar y trabajar. Habrá un servicio permanente de buses entre los lugares de alojamiento y comida y los espacios de la V Conferencia.

Con gran espíritu de colaboración fraterna hemos recibido el apoyo económico de la Pontificia Comisión para América Latina, de las Conferencias episcopales de los Estados Unidos, Italia y España, de Adveniat, Misereor y Kirche in Not, de dos diócesis alemanas, de institutos religiosos y de Porticus.

Una de las incógnitas más difíciles de dilucidar es la que se

refiere a los gastos de telefonía y conectividad para comunicar la Conferencia, la oficina de Prensa y los periodistas, internamente y con el mundo. Si Telefónica nos apoya, como lo desean sus gerentes generales, la Conferencia de Aparecida podrá financiarse. Esto supone, como corresponde, que en la próxima reunión de presidentes de Conferencias episcopales, que tendrá lugar en marzo, se determine un ingreso por cada participante, salvo los que provienen de los países más pobres del continente.

VI. El eco que va encontrando el tema de la V Conferencia general

A. Primera parte: «Discípulos y misioneros de Jesucristo»

Resulta prematuro aquilatar debidamente la repercusión que ya ahora está teniendo el tema que dejó en nuestras manos Su Santidad Benedicto XVI. Por eso, cuanto anoto a continuación son sólo algunas pinceladas de este cuadro. Esta vez se refieren principalmente a la relación fe y cultura. Son algunos rasgos del esbozo que ya se está dibujando de las conclusiones de la gran Asamblea episcopal que preparamos.

1. *Ha sorprendido su tema.* La Conferencia de Medellín fue convocada para tratar de: «La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio». La Conferencia de Puebla se ocupó de la «misión esencial» (cf. Pablo VI, *Evangelii nuntiandi,* 14) de la Iglesia, es decir, de «la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina». Santo Domingo retomó el tema de Puebla: «Nueva evangelización», y lo proyectó hacia dos ámbitos sedientos de la novedad de la buena noticia: «promoción humana y cultura cristiana».

Aparecida quiere centrar su atención en la persona bautizada que ha recibido la misión de evangelizar en el presente y el

futuro de América Latina; que se hace responsable de la promoción del hombre y de todos los hombres; que interviene en la transformación de América Latina para que «venga a nosotros su Reino» y, con él, una cultura de matriz cristiana.

Ha sorprendido un enfoque a primera vista tan diverso, pero ha sorprendido positivamente, porque el encuentro con Jesucristo dará todos sus frutos -culturales, sociales, promocionales y evangelizadores- tan sólo si nos transforma en discípulos y misioneros suyos.

2. Por otra parte, se valora este enfoque dirigido a la persona porque *son muchas las tendencias dominantes* en el campo de la cultura, de la educación y aun de la política, *que centran su atención en el sujeto.*

Todo movimiento social sabe que necesita formar al individuo para que asuma las grandes banderas de lucha. De lo contrario, no cambiará la historia. Pero incontables jóvenes en Latinoamérica se han cansado de luchas y de grandes banderas. Contraponen su autenticidad a los proyectos cupulares. No quieren imposiciones; miran escépticos los idearios políticos que no se reflejan coherentemente en la vida de quienes los promueven. El tema de la Conferencia de Aparecida acoge su anhelo de paz, de felicidad y fecundidad, y les dice que *tanta sed de sentido se sacia cerca de Jesús, en el encuentro con él, con su palabra y con su envío.*

3. La centralidad del sujeto ha puesto en evidencia una prioridad pedagógica. No se le puede suponer ni conocido, ni cercano, ni siempre consistente en su identidad como persona y como cristiano. Antes de pedirle que mire lo que ocurre en el mundo y en la Iglesia, antes de llevarlo a «ver" el entorno, que es parte de él, el *Documento de Participación* de esta Conferencia le ha pedido que tome conciencia de su propia realidad y de su vocación. Lo

hemos invitado a acercarse a los ojos y al corazón de Dios para mirar el mundo.

Es una visión que busca llegar al dinamismo interior de cada persona, para invitarla a meditar sobre su verdadera vocación y a comprometerse con ella, para descubrir en las situaciones que la impactan y en la naturaleza de las cosas el llamado del Señor de la vida y de la historia, y para cooperar con él, consciente de ser responsable de los pueblos y de su historia.

Esta medida pedagógica que ayudaba a tomar conciencia de la propia identidad y del propio encargo, *para «ver, juzgar* y *actuar» como hombres* y *mujeres de fe,* fue objeto de numerosas críticas. Criticaron quienes no comprenden que la robustez de convicción cristiana que distinguía a los que impulsaron éste método en Bélgica ya no se puede suponer. A ellos no les costaba juzgar a la luz del Evangelio. Hoy la situación es diferente. Cuando ahora invitamos a tantas comunidades de base a preparar la V Conferencia, estimamos que era del todo necesaria esta toma de conciencia del sujeto para mirar, juzgar y actuar desde los ojos de Dios y como colaboradores suyos. De hecho, el *Documento de Participación,* partiendo de ese supuesto, fue una invitación a mirar la cruda realidad, a discernir los signos de los tiempos y a actuar de manera resuelta y coherente.

4. Es tal la creciente confusión en el campo de la verdad, de las costumbres y los valores -sobre todo acerca de la libertad, la familia y la vida- que se ha difundido, y tan profunda la ignorancia que se ha extendido en temas centrales de la fe, que ese discernimiento del tiempo sólo conduce a su meta si los bautizados, y en lo posible sus familias y comunidades, se acercan nuevamente a Jesús, lo reconocen como Maestro, y se detienen a escuchar sus palabras y a aprender de su sabiduría, con la voluntad de ser en todo discípulos y misioneros suyos. La respuesta de Pedro debe caracterizar a todos los discípulos de

Jesús, cuando muchos lo abandonan: «Maestro, ¿a quién iríamos? ¡Tú, sólo tú, tienes palabras de vida eterna!».

Es más, nuestra esperanza se centra asimismo en la coherencia propia de los discípulos y misioneros cuando enfrentan su vida en familia y su responsabilidad en el mundo. Fluirán en su vida todos los frutos de la conversión a Cristo. En efecto, si un bautizado vive como discípulo de Jesús, no podrá ni querrá hacer propio el divorcio que caracteriza a tantos de sus conciudadanos entre la fe y las relaciones humanas, entre la fe y los compromisos en el hogar, como también entre la fe y la responsabilidad en el orden social, laboral, económico, comunicacional y político. Ser discípulo y misionero de Cristo es serio siempre; es querer serlo con el heroísmo propio de la santidad.

5. Pero la V Conferencia general no puede contentarse con enunciados de metas valiosas e imprescindibles. Tiene que abrirle espacio a *la pedagogía pastoral, al anuncio del kerygma*, a la *iniciación cristiana ya la educación de la fe*. En efecto, tenemos que darle prioridad a la *formación* de los discípulos de Jesús. No podemos suponer que el encuentro con el Maestro y Pastor en cada cristiano haya sido hondo y personal, lleno de asombro y de confianza en la gracia, ni que ya haya conducido, en virtud del amor a Jesucristo y de su gracia, a la transformación de la vida, las ideas y las costumbres, es decir, al seguimiento y al compromiso audaz y misionero.

También esta orientación pedagógica, encaminada a la transmisión y la educación de la fe, fue ocasión de críticas. Estas nos han ayudado a tomar conciencia de un hecho. En América Latina y el Caribe hay líderes para los cuales la acción de la Iglesia debe estar enfocada exclusiva o preponderantemente hacia la superación de la pobreza, con las necesarias medidas políticas, sociales y económicas que esto requiera. En su programa de acción la misión de la Iglesia en el presente no tiene

o casi no tiene otras dimensiones. Entre ellos hay algunos que piensan que la única Conferencia general del Episcopado latinoamericano de incontestable valor fue la de Medellín, por haber impulsado hacia la opción preferencial por los pobres. Es más, no faltan quienes consideran que el adjetivo «preferencial» no debiera usarse, ya que debilita la opción. Hasta del documento conclusivo de Medellín olvidan los capítulos que no se encaminan directamente a esta opción. Para ellos, las orientaciones pastorales que se ocupan de otros temas son distracción y decadencia. Es cierto, no son tantos los católicos que piensan así. Pero no hay que olvidarlo: esta tendencia está presente en nuestra Iglesia y su exageración reduccionista no nos puede impedir que veamos el grave problema que señalan - la escandalosa inequidad y la miseria- y que pongamos las bases verdaderas para solucionarlo.

6. La Conferencia de Aparecida, al llamar la atención sobre el sujeto que recibe la llamada de Jesucristo a seguirlo, a ser su discípulo y misionero, asume el vigoroso llamado de Su Santidad Juan Pablo II, formulado en la carta apostólica *Novo millennio ineunte* a alejarnos de toda tentación minimalista como meta del trabajo pastoral. Asumimos así que *el horizonte y la meta de toda labor pastoral es la santidad,* ya que esta es la única meta que guarda relación con nuestra vocación cristiana, recibida ya en el bautismo. Todo bautizado está llamado a la santidad y al apostolado, es decir, a la plenitud del discipulado y del compromiso misionero.

De esta manera la primera respuesta que quiere dar Aparecida a las corrientes culturales que echan al olvido el derecho natural, que suprimen la presencia de Dios de la vida pública, reduciendo los mandamientos de nuestro Creador y Padre común a convicciones subjetivas e irrelevantes, consiste en el testimonio de quienes viven, como personas, como familias y como comunidades, la vida nueva en Cristo, el gozo y la contemplación de la buena nueva, la esperanza en los bienes

futuros, la verdad, la unidad, el amor y la paz del Evangelio, la dedicación al servicio de los demás, a ejemplo de María santísima, participando del torrente de vida nueva en Cristo que es el cristianismo. En un mundo cuyas familias se desmoronan, cuyos hijos se drogan, cuyas convicciones son corroídas por el relativismo, cuyo orden social es amenazado por la violencia y la injusticia, los discípulos y misioneros de Cristo son páginas vivas del Evangelio, fuente de esperanza para el mundo.

7. La Conferencia de Aparecida será una invitación vigorosa -a todos nosotros, obispos, sacerdotes y laicos, a los diáconos y a todos los miembros de los institutos de vida consagrada- a ser discípulos y misioneros de Jesucristo, para asumir su verdad y sus caminos, para seguirlo, como reza la oración de este tiempo preparatorio, «cargando con nuestra cruz y urgidos por su envío».

Por lo tanto, en la perspectiva del discipulado, la Conferencia de Aparecida puede tener una fecundidad sorprendente. Todos somos hijos de Dios y hermanos entre nosotros; todos somos discípulos de Jesucristo; todos somos enviados por el Espíritu. *El obispo es hermano y pastor, discípulo y maestro, es servidor y guía, es hostia viva y sacerdote, es un enviado que envía.* Si en los sacerdotes y en todos los pastores esa realidad profunda -ser discípulos y no sólo maestros, ser hermanos y no sólo pastores- es percibida con gran fuerza por el pueblo de Dios, tanto más fácil se le hará reconocerlos como amigos, padres, profetas y pastores en las horas difíciles de su vida y de la historia.

8. Esto nos recuerda que el cambio cultural más hondo de la historia tuvo su origen en el misterio de la Encarnación, en ese *encuentro de Dios con la humanidad,* y su hora decisiva en el misterio pascual de Cristo, cuando selló en su sangre la alianza del encuentro permanente entre Dios y la humanidad, preparando la irrupción pentecostal del Espíritu Santo. La

incorporación de los Apóstoles, y posteriormente de toda la Iglesia, ocurrió cuando Cristo salió a su encuentro, los llamó por su nombre, los invitó a permanecer con él y en él, y los envió a prolongar, en la fuerza del Espíritu Santo, el envío que él mismo había recibido del Padre. Nuestra incorporación personal, que hace fructificar la gracia bautismal, se produce por el encuentro con Jesucristo vivo. Ese acontecimiento impregnará de manera insospechada *nuestra cultura: de encuentros y no de desencuentros, enemistades o indiferencias;* cultura de encuentro permanente con Jesús y entre nosotros, cultura de compromiso ecuménico e interreligioso, cultura que se potencia en nuestra vida católica cuando nos compenetramos de su palabra, celebramos la Eucaristía, servimos a los pobres y somos sacramento de comunión.

9. Ya se puede palpar en toda América cómo crece el interés por la lectura orante, meditada y comprometedora de las Escrituras, por la «lectio divina». Estoy seguro del lugar central que ocupará en la vida de nuestras comunidades esta ruta vivificante de encuentro con el Señor. Se valora cada vez más la dimensión bíblica de todo empeño pastoral, y crecen las escuelas del encuentro con Jesús -en los movimientos eclesiales y en otras comunidades y asociaciones- y del asombro contemplativo por su persona, que nos habla, nos atrae, nos convoca en comunión y nos invita a anunciar con él el reino de Dios. Asimismo, la sed de encontrar a Jesús da nueva fuerza a la participación en la Eucaristía. Nos inspira la carta apostólica *Ecclesia de Eucharistia.* En efecto, en esta porción del pueblo de Dios que quiere entrañablemente a la Santísima Virgen en sus diversas advocaciones, seguirá brotando la semilla sembrada por esa carta, que proponía seguir el camino de solidaridad con Cristo de Nuestra Señora, la mujer eucarística.

10. El ánimo de encontrar a Jesús y de dejarnos encontrar por él, indefectiblemente clama por un compromiso sincero, vigoroso, evangélico con *la causa de los pobres,* por un trato conforme a su

dignidad. Recordemos las palabras del Papa Juan Pablo II: «Ateniéndonos a las indiscutibles palabras del Evangelio (cf. *Mt* 25, 35 s), en la persona de los pobres hay una presencia especial suya, que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos. Mediante esta opción, se testimonia el estilo del amor de Dios, su providencia, su misericordia y, de alguna manera, se siembran todavía en la historia aquellas semillas del reino de Dios que Jesús mismo dejó en su vida terrena atendiendo a cuantos recurrían a él para toda clase de necesidades espirituales y materiales» *(Novo millennio ineunte*, 49).

En estos hermanos suyos más pequeños (cf. *Mt* 25, 40), se centró la «fantasía de la caridad» *(ib.*, 50; *PG* 73) de los santos de Latinoamérica, comenzando con Nuestra Señora de Guadalupe, que abrió las puertas al Evangelio, acercando a los pueblos indígenas, ya en los orígenes de la evangelización, la riqueza cordial de su amor a Dios y a los habitantes originarios del continente. Su amor al Cristo pobre y sufriente fue compartido por todos nuestros santos. Baste recordar a santo Toribio de Mogrovejo, a santa Rosa de Lima y a san Martín de Porres, a san Roque González y, recientemente, a san Alberto Hurtado, que estremeció a su patria, proclamando que «el pobre es Cristo».

11. A nadie se le escapa un dato fundamental de los dolores de parto que vive la humanidad, abriéndose camino a una nueva época de la historia. Nuestra cultura occidental, que valora la singularidad del individuo, se debate entre las opciones más individualistas y egoístas, y las opciones contrarias, que buscan una convivencia homogénea, tolerante, sin que se confronten ideas ni convicciones. Sería mejor -así lo sienten- dejar entre paréntesis la verdad. Entre ambos extremos afirmamos nuestra valoración de la persona como sujeto original e irrepetible, abierto a la verdad y a la comunión con Dios y con la comunidad; en cierto sentido, con toda la creación.

La opción de la Conferencia de Aparecida va a dejar huellas. *La persona, y más aún la persona bautizada, es esencial y existencialmente relacional.* Y con ello no pierde nada de su originalidad. Quien la llama por su nombre a ser discípula suya es Cristo, y lo hace conforme al plan admirable de Dios, que le dio a la persona llamada cuanto necesitaba para vivir y servir conforme a su originalidad personal. Esa persona, precisamente por su impronta divina, por haber sido creada a imagen de Dios, de la santísima Trinidad, es relacional; nació para la comunión, nació para encontrarse con el «Primogénito de toda la creación» *(Col* 1, 15) y en él con la creación entera. Algo similar podemos decir también de nuestros pueblos. Nacieron para la comunión y la colaboración; tienen una profunda vocación fraterna, precisamente por la impronta cristiana de su cultura. No nacimos para ser ni «extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios» *(Ef* 2, 19).

Estos rasgos caracterizan y, Dios mediante, seguirán caracterizando a nuestra cultura en Latinoamérica, y hacen más urgente la respuesta de los católicos a los desafíos de nuestro tiempo, y con ella nuestro compromiso con la justicia y la paz, como asimismo con la unión de nuestras naciones.

12. La vocación al discipulado, tal como ocurrió durante la vida pública de nuestro Señor y tal como ocurrió en las primeras comunidades cristianas, implica siempre *pertenencia* a *la comunidad de los discípulos de Jesucristo.* En los orígenes del cristianismo no abundaban las expresiones que escuchamos en nuestros días, tales como «creo en Jesucristo pero no en la Iglesia», o «yo soy cristiano, pero a mi manera».

Recibir la llamada de Jesús a seguirlo siempre significó una invitación a la conversión, a seguirlo en todo, coherentemente. Si bien quien llama es misericordioso y comprende nuestra fragilidad, a nadie llamó el Señor para que lo siguiera a su manera,

vale decir, parcialmente. Seguirlo, por otra parte, siempre implicó pertenencia a la comunidad. El centro de la comunión, su razón de ser, su alma, podríamos decir, era la persona de Jesucristo, el Mesías. La comunión entre los Apóstoles, y entre los discípulos y las discípulas de Cristo se prolonga *como una común unión en Cristo y en su Vicario para la Iglesia universal.* Así existe la Iglesia: en comunión con los sucesores de Pedro y de los demás Apóstoles, en comunión esencial con los pobres y los afligidos, en comunión viva con todas las iniciativas carismáticas y ministeriales del Espíritu Santo, y buscando una comunión creciente con todos los que creen en Jesús como el Hijo de Dios, nuestro hermano y Salvador, nuestro Pastor y nuestro Señor.

Por eso, pedirle al Espíritu Santo que seamos una Iglesia de discípulos y misioneros es pedirle que haga de la Iglesia «la casa y la escuela de la comunión» *(Novo millennio ineunte*, 43), un instrumento de transformación de la cultura en bien de la reconciliación y la unidad.

13. Aunque sólo sea brevemente, evoco la gran tardanza con que la familia de Dios en América Latina y el Caribe está asumiendo una actitud misionera, sobre todo «ad gentes». No veíamos su necesidad. Muchas diócesis de América Latina, al igual que la Iglesia en África y en Asia, recibían misioneros de Europa y también de los Estados Unidos. Nosotros carecíamos de sacerdotes y no habíamos aprendido a dar de nuestra pobreza. ¿Y qué necesidad había de misioneros entre nosotros, cuando todos éramos católicos? La primera evangelización, impulsada por misioneros venidos sobre todo de España, había recorrido toda nuestra geografía. No había paganos en nuestras tierras, a lo sumo algunos librepensadores irreductibles.

Es claro, en el ámbito misionero nuestra vida de fe estaba atrofiada. Por eso le pedimos al Espíritu del envío pentecostal que siembre el fermento de un cambio profundo, realmente

copernicano, para ser realmente apóstoles de Jesús y constructores de su reino. Que se extienda por toda América el despertar misionero que ya está brotando en algunas parroquias, en algunos movimientos e institutos de enseñanza católicos, entre jóvenes y familias misioneras. *Queremos llegar a ser un pueblo de discípulos-misioneros.*

14. Así lo anhelamos y para ello le pedimos su intercesión a la santísima Virgen y a todos los santos, porque tenemos conciencia de *la hora dramática en que viven muchos países de antigua tradición cristiana.*

Los nuestros se acercan al bicentenario de su vida soberana. Será un hito importante de su historia, una hora de re-fundación, porque están siendo seducidos para emanciparse del sustrato cristiano, verdaderamente católico, de su cultura, y abandonar a sus pastores, de manera que ocurra sin trabas la liberalización de las costumbres y las leyes, en aras de una libertad que se divorcia de la verdad y del bien; de un amor que se desprende de la fidelidad, la renuncia, el apego a los hijos y al matrimonio; y de unos poderes que no prestan ningún servicio a los designios del Creador acerca de la familia, la vida, la justicia, la equidad y la promoción de los más pobres y afligidos.

En esta hora, en la cual no se atiende a la voz de los sabios, y tiene prensa la palabra de los falsos profetas que quieren convencernos de que los caminos de vida y felicidad (cf. *Dt* 29, 15 ss) consisten en no seguir ni los mandamientos de Dios ni las bienaventuranzas de Jesús, la Conferencia de Aparecida se debe alzar no sólo como una nueva proclamación de nuestra independencia de toda colonización cultural, como una nueva abolición de toda esclavitud y de libertad en Cristo, camino, verdad y vida, sino también como una promesa de futuro, como el anuncio de la aurora de un tiempo nuevo, forjado por el Espíritu del Señor con sus discípulos y misioneros.

B. Segunda parte: «Para que nuestros pueblos en él tengan vida»

Deberíamos continuar nuestra reflexión, deteniéndonos en la segunda parte del tema de la V Conferencia general: «para que nuestros pueblos en él tengan vida». Sólo quisiera invitarles brevemente a valorar su enunciado y su contenido.

Cuando meditamos en la misión de la Iglesia en bien de la sociedad nos hemos acostumbrado a pensar en la doctrina social de la Iglesia de manera reductiva. Rara vez lo hacemos pensando en la vida de nuestros pueblos. En efecto, las convulsiones políticas de los últimos decenios y el flagelo persistente de la pobreza han fijado nuestra atención en *los derechos humanos.* Era necesario y sigue siendo necesario reafirmar sin concesiones su importancia, porque son inherentes a la obra de nuestro Creador, y abrirles siempre el espacio de respeto y promoción que se condice con la dignidad humana. La lucha contra las discriminaciones recuerda los derechos de las minorías y de los más débiles, aunque sean mayoría.

Pero va por mal camino una cultura monotemática, que sólo habla de derechos como bien supremo, y no habla de deberes; vale decir, que termina fijando su atención en el bien propio y no en el bien de los demás, ante quienes tenemos obligaciones de hermanos y positivas responsabilidades comunes. *No va por buen camino un cultura que mira al prójimo sólo desde el ángulo de los derechos, y que no se detiene* a *contemplarlo y respetarlo como obra maravillosa* de *Dios,* ni a admirarlo con asombro, ni a procurarle con generosidad las mejores oportunidades para que viva y desarrolle las riquezas que Dios le ha entregado en beneficio propio y en bien de toda la sociedad. No será feliz un pueblo si piensa que la convivencia es sólo una red de derechos que se cumplen, y no descubre o redescubre el valor vivificante de la misma convivencia del amor a Dios con todo el corazón, con

toda el alma y con todas las fuerzas. No será feliz si no opta por los caminos del buen samaritano a favor de la vida y de la dignidad del malherido. No tendrá bienestar ni súperará la pobreza si no opta por la familia, como santuario de la vida, de la confianza, de la generosidad y de la paz. No será feliz si no se preocupa de la vida de los pobres, los huérfanos, las madres abandonadas, los enfermos, los encarcelados y los drogadictos; aun de los violentos, los anárquicos y los desesperanzados.

La V Conferencia general será un gran don para América Latina y el Caribe si logra enfocar nuestras aspiraciones y esfuerzos - particularmente de los educadores, los políticos, los empresarios, los dirigentes laborales y los comunicadores sociales- hacia ese bien por el cual el buen Pastor nos amó hasta el extremo: *hacia la vida de nuestros pueblos, hacia la vida en abundancia*. Se trata de la cultura de la vida, de aquella vida que tiene su origen, su plenitud y su pascua en Dios, y que es fraterna y solidaria; de aquella vida nueva que respeta los derechos que Dios mismo asoció a nuestra naturaleza humana, entre ellos, el destino universal de los bienes, para que todos vivan según su dignidad. Se trata de esa vida que es comunión, porque fuimos creados a imagen y semejanza de la santísima Trinidad.

Que Santa María de Guadalupe, Nuestra Señora de Aparecida y de Luján, interceda para nosotros esta gracia, de manera que proclamemos con nuestra vida y nuestras obras que Dios es la vida, que Dios es amor.

Documentos Arquidiocesanos

CARTA AL PRESBITERIO DE QUITO, A LOS SUPERIORES Y SUPERIORAS DE COMUNIDADES RELIGIOSAS, A LOS RECTORES DE CENTROS EDUCATIVOS

Muy amados hermanos y hermanas en el Señor Jesús:

He encargado a la recientemente fundada Cáritas Arquidiocesana organizar la Campaña Cuaresmal de Solidaridad MUNERA. Así lo quiso hace 30 años su fundador, el recordado Cardenal Pablo Muñoz Vega. Una campaña en la que lo principal es la formación en el amor, esencia misma del Evangelio de Jesús; toda la Cuaresma y no solo el día de la colecta debe orientarse a este fin, hoy más necesario que nunca, en un mundo de ídolos: el dinero y el placer. La colecta del Domingo de Ramos debería ser fruto natural de esta evangelización, resultado de voluntarias privaciones a favor de nuestros hermanos más débiles y pobres.

Excepcionalmente, este año, la Arquidiócesis no se une a la Campaña organizada por la Conferencia Episcopal y dedicada a los damnificados de las erupciones del volcán Tungurahua. La razón es que la Arquidiócesis ya realizó el pasado año una colecta especial pàra este fin con muy generosos resultados: 66.000,00 dólares entregados ya a las Diócesis de Ambato y Riobamba para proyectos concretos, a más de cerca de 14.000,00 dólares en alimentos y enseres entregados por Cáritas y por muchas Parroquias y Comunidades Religiosas. He informado respetuosamente a la Conferencia Episcopal de esta decisión y he recibido su conformidad.

Los ancianos y los enfermos terminales son entre los pobres, quienes requieren particular cuidado; por eso, a petición de la

Comisión de Pastoral Social, ellos serán los destinatarios de la colecta, con el lema: *"Ellos también cuentan"*. Y se han seleccionado cinco obras bien conocidas para que administren el resultado de la misma:

1. ***"Hogar Corazón de María"***, de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados.
2. ***"Hospital Psiquiátrico Sagrado Corazón"***, para enfermos mentales, los pobres entre los pobres encomendados a las Hermanas Hospitalarias.
3. ***"Clínica Cardenal Pablo Muñoz Vega"***, en la Armenia, a la que encomendaremos muy particularmente el cuidado de los sacerdotes enfermos y ancianos.
4. ***"Proyecto Hospice para enfermos terminales"***, una iniciativa de la Orden San Camilo de Lelis y de FECUPAL.
5. ***"ABEI"***, una obra no confesional, de seglares voluntarios de hondo espíritu cristiano y probada eficacia.

Les pido pues, preparar la Cuaresma en el espíritu de la centralidad del Amor. "'Dios es Caridad" y promover una generosa colecta. De aquí en adelante la Curia, en donde debe depositarse todo el dinero, informará oportunamente a ustedes y a la comunidad cristiana de los resultados obtenidos y del destino de las donaciones.

Gracias, en nombre de los ancianos y de los enfermos terminales por su entusiasta y evangélica colaboración.

Quito, 14 de febrero del 2007

Raúl Vela Chiriboga
Arzobispo de Quito
Primado del Ecuador

Asamblea del Presbiterio de Quito

LA ESPIRITUALIDAD DE COMUNIÓN

Mons. Raúl Vela, Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador;
Mons. René Coba, Obispo Auxiliar de esta arquidiócesis;
Hermanos sacerdotes:

Se me ha pedido que haga la presentación de algunos asuntos a tratar a propósito del primer tema propuesto para este momento de encuentro de nuestro presbiterio. Ya el solo hecho de encontrarnos es una gran alegría, que intentaremos, entre todos, sea frecuente y, por la gracia de Dios, fructífero para nuestra vida y ministerio sacerdotal.

Quisiera iniciar esta reflexión recordando algo de todos muy conocido: la doctrina que Juan Pablo II sintetizó tan magistralmente en la exhortación apostólica *"Pastores dabo vobis"*. Allí -entre otras cosas- decía: «De particular importancia es la capacidad de relacionarse con los demás, elemento verdaderamente esencial para quien ha sido llamado a ser responsable de una comunidad y "hombre de comunión"». (n. 43).

El sacerdote es "hombre de comunión". Debe favorecer y robustecer la comunión en sus más variados aspectos desde su personal vocación y misión. No se puede renunciar a una realidad tan importante para la vida de la Iglesia. Y por eso es bueno recordar con frecuencia qué realidades son las que el sacerdote debe esforzarse porque se mantengan en comunión.

En primer lugar, debe haber comunión con el Dios Uno y Trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo. El documento antes señalado dice: «12. "La identidad sacerdotal... como toda identidad cristiana, tiene su fuente en la Santísima Trinidad". Nuestro ser sacerdotal brota de la riqueza insondable de las tres divinas personas. No

es una realidad meramente humana, o solo funcional, o que hemos de mirarla únicamente como algo pasajero. Brota del designio salvífico trinitario y nos ha de impulsar a rédescubrir permanentemente esta fuente inagotable que inunda nuestro ser desde el día de nuestra ordenación... "En efecto, el presbítero, en virtud de la consagración que recibe con el sacramento del Orden, es enviado por el Padre, por medio de Jesucristo, con el cual, como Cabeza y Pastor de su pueblo, se configura de un modo especial para vivir y actuar con la fuerza del Espíritu Santo al servicio de la Iglesia y por la salvación del mundo"» (n. 12).

Así, "mediante el sacerdocio que nace de la profundidad del inefable misterio de Dios, o sea, del amor del Padre, de la gracia de Jesucristo y del don de la unidad del Espíritu Santo, el presbítero está inserto sacramentalmente en la comunión con el Obispo y con los otros presbíteros, para servir al Pueblo de Dios que es la Iglesia y atraer a todos a Cristo"

Así, han salido ya otros elementos que componen el conjunto de realidades con las que hay que esforzarse por mantenerlas en comunión: la Iglesia, el obispo, los hermanos sacerdotes, el resto del pueblo de Dios. Todo esto, en ese orden, debe ser objeto de la preocupación sacerdotal, para que de verdad el ejercicio del ministerio sea un ejercicio de auténtica comunión eclesial.

De aquí brotan unas primeras consideraciones sobre la "espiritualidad de comunión". Hemos de esforzamos por cada vez más vivir entre nosotros una "auténtica fraternidad sacramental", como decía el Concilio Vaticano II. Se debe notar que nos queremos, por encima de nuestras personales limitaciones o caracteres. Es cuestión de autenticidad, porque, en caso contrario ¿cómo voy a ser capaz de celebrar la Santa Misa, si en la plegaria eucarística hablo de que estoy unido al Papa, al Obispo y al resto del clero? Hay varios detalles concretos en los que puedo manifestar esta profunda fraternidad sacramental:

cómo cuido los bienes de la parroquia, no solo para que luzcan bien y den gloria a Dios, sino también para que el hermano sacerdote que me suceda tenga menos dificultades en realizar el trabajo pastoral, porque yo ya le dejaré todo lo que buenamente pueda en orden; manteniendo una comunicación fluida con la autoridad arquidiocesana respectiva, evitando realizar cualquier iniciativa pastoral sin contar con su conocimiento y aprobación; preocupándome de conseguir para la parroquia los bienes necesarios para una vida digna y modesta; etc.

Además, Dios ha querido que su Iglesia tenga también elementos visibles de comunión. Si alguien no los guarda, mal puede hablar de comunión. Para el ejercicio de nuestro ministerio, está la colación -o entrega- de un oficio pastoral, junto con los derechos y deberes que ese cargo supone (cn. 146: un oficio eclesiástico no puede obtenerse válidamente sin provisión canónica). Aceptar el encargo pastoral que la autoridad eclesiástica pide es ya un signo visible de comunión. Pero no acaba allí. Si se ha aceptado el encargo pastoral, se debe poner todos los medios para que ese encargo sea cumplido de la mejor manera, y así mantenerse en la "comunión" que al inicio, con la aceptación de la misión pastoral encargada, se había asumido. Se debe evitar por todos los medios que otras ocupaciones o menesteres distraigan o disminuyan la eficacia de la "espiritualidad de comunión" que hemos de vivir todos, sobre todo si esas otras ocupaciones no tienen como fundamento un encargo concreto que la autoridad eclesiástica haya, en su momento, podido extender.

La mayoría de los sacerdotes aquí presentes tiene como misión pastoral la de ser párrocos. Otros, son capellanes. Otros profesores en diversas instituciones eclesiales. Y así, otros oficios. Cada uno de estos menesteres lleva anejo un complejo de derechos y deberes. Deseo poner énfasis en unos pocos que cada uno de ustedes se ha de aplicar personalmente de acuerdo a su personal situación.

En primer lugar, hemos de tener muy claro cuál es el encargo concreto que me ha dado la autoridad eclesiástica, porque solo de ese trabajo tengo misión canónica, que no es algo meramente jurídico, sino que lleva anejo lo que siempre se ha llamado "gracia de estado". Realizar un trabajo del que no he recibido misión canónica es realizarlo fuera de la "comunión" que debo guardar en la Iglesia. No olvidemos que quien me da, en esta arquidiócesis, la misión canónica es el Sr. Arzobispo. Nadie más. Puede haber muchas instituciones, de diverso orden, que necesiten capellanes, profesores, atención espiritual en general; nadie, a no ser el Sr. Arzobispo, puede darme misión canónica para asumir esa tarea. Ni una monjita, ni otro hermano sacerdote, ni los obispos auxiliares: solo el Sr. Arzobispo. En este sentido, he de revisar y, si es del caso, preguntar, cuáles son los derechos y deberes inherentes a mi encargo pastoral, porque esos son los primeros que debo observar.

Esto no significa que he de apegarme a lo que se me ha indicado como misión pastoral. He de trabajar poniendo el mayor empeño, pero sabiendo que he de estar siempre disponible para aceptar otra misión allí donde la necesidad de la Iglesia particular lo requiera. He de formar al pueblo que se me ha encomendado para que ellos también vivan, desde su personal vocación, esta "espiritualidad de comunión". Será un modo de evaluar la eficacia de mi trabajo pastoral ver la reacción del pueblo fiel cuando me pida que realice una nueva misión eclesial. Si el pueblo es formado en la espiritualidad de comunión y en el hecho de que el sacerdote está para servir, ciertamente que la vida en la Iglesia alcanzará una madurez y serenidad que todos deberíamos esforzarnos en que se implante más fuertemente en nuestra querida arquidiócesis.

+Mons. Danilo Echeverría Verdesoto
OBISPO AUXILIAR DE QUITO

Quito, 6 de marzo del 2067

CARTA A LOS SACERDOTES DE LA ARQUIDIÓCESIS DE QUITO

Quito, 6 de marzo de 2007

Estimados sacerdotes:

Todos sabemos la importancia decisiva que tiene en la Iglesia la acción pastoral encaminada a suscitar, encontrar, proteger, acompañar y sostener las vocaciones sacerdotales. Todo esfuerzo que en este campo se realice siempre podrá mejorarse. Debe ser una de las facetas de nuestro ministerio sacerdotal que nunca queden en segundo plano, sino que permanentemente ocupen el centro de nuestro corazón, de nuestra mente, de nuestra actividad y de nuestra predicación.

Me he alegrado al constatar que la pastoral vocacional es una de las facetas a las que nuestros seminaristas del Seminario Mayor "San José" dan especial importancia. Me he enterado de las iniciativas que en este campo de trabajo se están llevando a cabo. ¡Cuánto desearía que estas iniciativas se sumen a las que cada uno, individualmente realice en su respectivo lugar de trabajo sacerdotal. Estoy seguro que cada uno, sobre todo a través del diálogo personal, la cercanía, la administración de los sacramentos -sobre todo, de la confesión sacramental-, de la dirección espiritual, y tantos otros medios, estarán pidiendo -de palabra y de obra- al Espíritu Santo que suscite numerosas vocaciones a la vida sacerdotal.

Por la presente, deseo fortalecer -si cabe hablar así- el apoyo que puedan brindar a los seminaristas que se presenten en su parroquia o comunidad para realizar allí un trabajo vocacional.

Estoy convencido que un alto porcentaje de la eficacia de estas labores depende de la colaboración alegre y desinteresada que el sacerdote dé a estas iniciativas. Quiera Dios que muchos de ustedes reciban la visita de los seminaristas. Además, se puede facilitar el que jóvenes "inquietos" lleguen a tomar contacto con nuestros seminaristas, aunque por razones de organización tal vez no puedan hacerse presentes físicamente en la parroquia, pero sí en una comunidad parroquial cercana a la que se les puede encaminar. Con toda seguridad, ustedes harán esto y mucho más, sabiendo que Dios es buen pagador y que Él no se deja ganar en generosidad.

Agradezco sinceramente todo el trabajo sacerdotal que realizan en cumplimiento del encargo pastoral que les ha dado nuestro Arzobispo, Mons. Raúl Vela. Esa es otra manera de fortalecer la comunión eclesial, que Dios bendice, entre otras cosas, con abundantes y santas vocaciones.

Pido a la Santísima Virgen María, Madre y Modelo de todas las vocaciones, bendiga abundantemente sus esfuerzos y desvelos pastorales.

Fraternalmente, en Jesús y María,

+Mons. Danilo Echeverría Verdesoto
OBISPO AUXILIAR DE QUITO

TERCER CONGRESO AMERICANO MISIONERO –CAM 3- OCTAVO CONGRESO MISIONERO LATINOAMERICANO –COMLA8-

Arquidiócesis de Quito
Comisión de la sede

Introducción

El 30 de noviembre de 2003 el Ecuador recibió la responsabilidad de organizar el CAM 3 comla8, *y* Quito como la sede del mismo. La Conferencia Episcopal Ecuatoriana y la Arquidiócesis de Quito aceptaron gustosos este reto.

La Conferencia Episcopal inmediatamente nombró a la Comisión Central, la Comisión Ejecutiva para que organicen el proceso preparatorio hacia el CAM 3 comla8.

De igual manera, asumiendo con sencillez de corazón y con gran espíritu de colaboración, la Arquidiócesis de Quito empezó a preparar y a prepararse para asumir este reto misionero de trascendencia para la iglesia en América.

Se han tenido varias reuniones con el Vicario General, Director Arquidiocesano de OMP y miembros de la Comisión Ejecutiva del CAM3 para planificar el trabajo de la Arquidiócesis y determinar las posibles comisiones necesarias para enfrentar el proceso preparatorio y la celebración del CAM 3 como arquidiócesis de Quito.

Con los miembros nombrados por el señor Arzobispo de Quito para la Comisión Sede se han mantenido reuniones de trabajo

internas, en varias de ellas ha participado el Señor Arzobispo de Quito.

La Comisión Sede se ha organizado para responder los desafíos que implica para la Arquidiócesis de Quito la preparación y celebración del CAM 3 comla8.

Justificación

El Ecuador y la Arquidiócesis de Quito están en la mira de todo el mundo misionero que, está a la expectativa de lo que propongamos y hagamos como Iglesia en Ecuador en el proceso preparatorio y en la celebración del Congreso.

Cabe mencionar que los CAMS comlas son de mucha trascendencia para las Iglesias Particulares de todo el Continente y en cierta medida para la Iglesia mundial, pues, si bien es americano, al Congreso asisten personas de los cinco continentes.

De ahí que como país y como Arquidiócesis de Quito en particular debemos prepararnos y preparar el CAM 3 comla8 de la mejor manera, utilizando todas las fuerzas eclesiales posibles con que cuenta nuestra Arquidiócesis.

Por ello es muy importante que las Comisiones que funcionen en nuestra Iglesia particular tengan clara su función y responsabilidad, ya que, el trabajo demanda no solo organización sino un alto sentido de coordinación y colaboración entre las diferentes comisiones.

La Arquidiócesis de Quito ha asumido, en coordinación con la Conferencia Episcopal Ecuatoriana y las Obras Misionales Pontificias, esta maravillosa oportunidad para servir a la Iglesia en América.

Responsables directos de la Comisión Sede

Comisión muy importante. Es la encargada de preparar la sede del CAM 3 tanto en el proceso preparatorio como en la celebración del Congreso.

Comisión bajo la responsabilidad de:

- El señor Arzobispo de Quito; S.E. Monseñor Raúl Vela Chiriboga, en su calidad de Presidente.
- Monseñor René Coba, Vicario General de la Arquidiócesis de Quito.
- Monseñor José Vicente Eguiguren S., Vicario de Pastoral.
- Monseñor Luis Tapia Viteri, Director Arquidiocesano de Obras Misionales Pontificias, Coordinador.

LA FUNDACIÓN CATEQUÍSTICA

"Luz y Vida"

instalada en el interior del

Palacio Arzobispal

ofrece:

libros, folletos,
estampas para toda ocasión

☎ 2281 451 apartado 17-01-139

Quito - Ecuador

JUBILEO SACERDOTAL 2007

Bodas de Plata

- *P. Ezequiel Villanueva Palacios*, OH., ordenado por el Emmo. Sr. Cardenal Pablo Muñoz Vega, Arzobispo de Quito, el sábado 1 de mayo de 1982, en la Catedral Metropolitana de Quito.
- *P. Raúl Ernesto González Puebla*, CSJ., ordenado por Mons. Antonio J. González Z., Arzobispo Coadjutor de Quito, el sábado 5 de junio de 1982, en la iglesia parroquial de San Leonardo Murialdo.
- *P. Jesús Curiel*, ordenado el 12 de junio de 1982.
- *P. Valentín Fagundes de Meneses*, Misionero del Sagrado Corazón, ordenado el 2 de julio de 1982.
- *Excmo. Mons. René Coba Galarza*, Obispo Auxiliar de Quito, ordenado por el Emmo. Sr. Cardenal Pablo Muñoz Vega, Arzobispo de Quito, el sábado 3 de julio de 1982, en la iglesia parroquial de la Santísima Trinidad.
- *P. Jorge Washington Córdova Hernández*, ordenado por el Emmo. Sr. Cardenal Pablo Muñoz Vega, Arzobispo de Quito, el sábado 3 de julio de 1982, en la iglesia parroquial de la Santísima Trinidad.
- *P. Julio César Landívar*, OSA., ordenado por el Excmo. Mons. Antonio J. González Z., Arzobispo Coadjutor de Quito, el sábado 25 de septiembre de 1982, en la iglesia de San Agustín.
- *P. Miguel Ángel Pardillo Arranz*, CP., ordenado el 8 de noviembre de 1982.

Bodas de Rubí

- *P. Julio Bertoldi*, CSJ., ordenado el 28 de junio de 1967.
- *P. Julio Herrer Herrer*, ordenado el 29 de junio de 1967.
- *P. Mario Moyano*, OFM., ordenado por el Excmo. Mons. Pablo Muñoz Vega, Obispo Coadjutor "Sedi Datus" y Arzobispo electo de Quito, el 25 de julio de 1967, en la iglesia de San Francisco.

Bodas de Oro

- *Excmo. Mons. Raúl Eduardo Vela Chiriboga*, Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador, ordenado por el Excmo. Mons. Leonidas Proaño Villalba, Obispo de Riobamba, el 28 de julio de 1957, en la ciudad de Riobamba.
- *P. Jaime Eduardo Fernández Fernández*, ordenado por el Emmo. Sr. Cardenal Carlos María de la Torre, Arzobispo de Quito, el domingo 21 de julio de 1957, en la Catedral Metropolitana.
- *Mons. Hugo Reinoso Luna*, ordenado por el Emmo. Sr. Cardenal Carlos María de la Torre, Arzobispo de Quito, el domingo 21 de julio de 1957, en la Catedral Metropolitana.
- *P. César Viteri Uribe*, ordenado por el Emmo. Sr. Cardenal Carlos María de la Torre, Arzobispo de Quito, el domingo 21 de julio de 1957, en la Catedral Metropolitana.
- *P. Guillermo Hurtado Álvarez*, O. de M., ordenado por el Emmo. Sr. Cardenal Carlos María de la Torre, Arzobispo de Quito, el domingo 21 de julio de 1957, en la Catedral Metropolitana.

- *P. Luis Manuel Delgado Díaz*, C.M., ordenado por el Emmo. Sr. Cardenal Carlos María de la Torre, Arzobispo de Quito, el domingo 21 de julio de 1957, en la Catedral Metropolitana.
- *P. José Fernando Schmidt*, SS. CC., ordenado en Francia el 29 de septiembre de 1957.

Bodas de Diamante

- *P. Luis León Acosta*, O.CC.SS., ordenado por Mons. Carlos María de la Torre, Arzobispo de Quito, el sábado 20 de septiembre de 1947, en la Catedral Metropolitana.
- *P. José Haro Avilés*, O.P., ordenado el 2 de febrero de 1947.

RETIRO ESPIRITUAL DEL CLERO DIOCESANO DE QUITO 2007

Primera tanda

Fechas:	Del lunes 20 al viernes 24 de agosto
Lugar:	Betania del Colegio
Director:	Mons. Fausto Trávez Trávez, ofm., Obispo Vicario Apostólico de Zamora.
Comienza:	Al mediodía del lunes 20
Termina:	Con el almuerzo del viernes 24

Segunda tanda

Fechas:	Del lunes 17 al viernes al viernes 21 de septiembre
Lugar:	Betania del Colegio
Director:	Mons. Danilo Echeverría Verdesoto, Obispo Auxiliar de Quito.
Comienza:	Al medio día del lunes 17
Termina:	Con el almuerzo del viernes 21

+ Raúl E. Vela Chiriboga
ARZOBISPO DE QUITO
PRIMADO DEL ECUADOR

Mons. Héctor Soria Sánchez
CANCILLER

ADMINISTRACIÓN ECLESIÁSTICA

Nombramientos

Enero

17. P. Lenin Modesto Rodríguez Lastra, Vicario parroquial de Cumbayá para atender a la Vicaría parroquial del Señor de la Ascensión de la Primavera, y Síndico.

25. P. José Stalin Vidal Peñaranda, Párroco y Síndico de San Cristóbal de Guajaló.

25. P. Tito Arnaldo Heredia Cisneros, Párroco y Síndico de Ntra. Sra. de la Merced del Valle.

Febrero

15. P. Jorge Nemecio Romero Moreira, Párroco y Síndico de San Pedro de El Tingo.

28. P. Manuel Felipe Cardona Cardona, cjm., Vicario parroquial de San Juan Eudes de la Ofelia.

Marzo

13. P. Roger Estiven Vallejo Realpe, Párroco y Síndico de Santiago Apóstol de Puembo.

13. P. Gonzalo Troya Pérez, Párroco y Síndico de Santo Tomás de Aquino de Alangasí.

13. P. Félix Sebastián Lojano Quiroga, Párroco y Síndico de San Pedro y San Pablo de la Vicentina Baja.

15. P. Néstor Alfredo Viera Sánchez, Párroco y Síndico de San José de Monjas.

Decretos

Enero

22. Decreto de erección de una Casa de la Congregación de las Religiosas de Jesús-María en la ciudad de Quito.

Febrero

07. Decreto de erección de un Oratorio en la sede del Movimiento Apostólico Fraternidad Trinitaria.
12. Decreto de erección de la Parroquia eclesiástica de "Cristo Resucitado".

Ordenaciones

Enero

06. El sábado 6 de enero del 2007, en la iglesia parroquial de San José Obrero del Comité del Pueblo, Mons. Eugenio Arellano Fernández, Obispo Vicario Apostólico de Esmeraldas, confirió el orden sagrado del Presbiterado al señor Sergio Iván Paucar Simbaña, misionero comboniano.

Marzo

27. El martes 27 de marzo, a las 17h00, en la iglesia parroquial de San Carlos, Mons. René Coba Galarza, Obispo Auxiliar de Quito, confirió el orden sagrado del Diaconado al señor Juan Carlos Vélez Delgado, religioso profeso de votos perpetuos de la Congregación de los Sagrados Corazones.

DECRETO DE ERECCIÓN DE LA PARROQUIA ECLESIÁSTICA "CRISTO RESUCITADO"

+Raúl E. Vela Chiriboga,
por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica
Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador,

CONSIDERANDO:

1. Que el Padre José Carollo Pasín, debidamente autorizado por Mons. Pablo Muñoz Vega, undécimo Arzobispo de Quito, inició en 1977 la fundación de la parroquia eclesiástica "Cristo Resucitado", al sur de la ciudad de Quito, con la construcción de la casa y de la iglesia parroquiales;

2. Que el 18 de noviembre del mismo año 1977, el señor Arzobispo de Quito nombró al Padre José Carollo Pasín como Párroco y Síndico de la nueva parroquia eclesiástica "Cristo Resucitado";

3. Que en 1978 el Padre José Carollo Pasín terminó la construcción de la iglesia parroquial de "Cristo Resucitado", la cual fue bendecida y consagrada por Mons. Pablo Muñoz Vega en la Pascua de 1979;

4. Que por alguna circunstancia desconocida no existe el decreto de erección canónica de la parroquia eclesiástica "Cristo Resucitado" ni en el archivo parroquial ni en el archivo general de la Curia Metropolitana de Quito;

5. Que con fecha 6 de febrero del presente año 2007, el Padre Graziano Mason, actual Párroco y Síndico de la parroquia eclesiástica "Cristo Resucitado", nos ha solicitado que expidiéramos el decreto de erección canónica de dicha parroquia;

En uso de las facultades que nos competen según el can. 515, párrafo 2, del Código de Derecho Canónico,

ERIGIMOS Y CONSTITUIMOS LA PARROQUIA ECLESIASTICA DE "CRISTO RESUCITADO".

El Patrono de esta parroquia eclesiástica es *Cristo Resucitado*, el cual es, al mismo tiempo, el Titular de la iglesia parroquial.

La parroquia de "Cristo Resucitado" abarca los barrios de Quito Sur, Promoción Familiar, Unión y Justicia, Condominios Luis Alberto Valencia, Gatazo y las Cooperativas que forman el sector de IESSFUT. En la actualidad sus límites son los siguientes:

Al Norte: Las calles Hernando de Becerra y Campas en su intersección con la Av. Cardenal de la Torre y Serapio Japeravi.

Al Sur: El puente del Río Grande, calle Alfredo Escudero en la intersección con la calle Ambuquí.

Al Oriente: La Av. Teniente Ortiz desde la su intersección con la Av. Cardenal de la Torre siguiendo hacia el sur hasta la Av. Ajaví.

Al Occidente: La Av. Mariscal Sucre a la altura de la calle Alfredo Escudero por el sur y por el norte en la intersección con la Calle de los Encuentros, a la altura del barrio La Raya.

La iglesia de Cristo Resucitado será tenida como Parroquial y gozará, por lo mismo, de todos los privilegios que el derecho concede a las iglesias parroquiales, por lo cual tendrá pila bautismal y podrán celebrarse en ella todas las funciones

parroquiales. Junto a la iglesia funcionará el despacho parroquial.

La parroquia eclesiástica "Cristo Resucitado" deberá ser el centro de coordinación y de animación de las comunidades menores, de los grupos y de los movimientos parroquiales (cf. Puebla 644 y 648 a 653), de tal manera que propenda sin cesar a la edificación de la Iglesia, mediante la entrega de la Palabra de Dios, la celebración de la Eucaristía y demás sacramentos de la fe, y la práctica de la caridad, de modo que la evangelización integre la promoción humana y el desarrollo integral de la gente que vive en el sector.

El Párroco de "Cristo Resucitado" coordinará sus actividades pastorales con el Equipo sacerdotal "Quito Sur Centro-La Magdalena" y con la Zona pastoral del mismo nombre.

Damos, pues, por erigida y constituida la parroquia eclesiástica "Cristo Resucitado" y ordenamos que el presente decreto de erección sea leído públicamente en la iglesia parroquia!.

Dado en Quito, en el Palacio Arzobispal, a los 12 días del mes de febrero del año del Señor 2007.

+ Raúl E. Vela Chiriboga
ARZOBISPO DE QUITO
PRIMADO DEL ECUADOR

Mons. Héctor Soria Sánchez
CANCILLER

Información Eclesial

Información Eclesial En el Ecuador

ASAMBLEA DEL PRESBITERIO DE QUITO

Con el propósito de reflexionar sobre el contenido del Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI para la Cuaresma y de tener una vivencia sacerdotal en torno al Misterio Pascual de Cristo, el Presbiterio Arquidiocesano de Quito tuvo su reunión en Betania del Colegio el día martes 6 de marzo, a partir de las 09h30. La ponencia: "Lo litúrgico y la religiosidad popular en Cuaresma y Semana Santa" estuvo a cargo de Mons. Lorenzo Voltolini, Obispo Auxiliar de Portoviejo y Presidente de la Comisión de Liturgia de la Conferencia Episcopal. Presidió la asamblea Mons. Raúl E. Vela Chiriboga, Arzobispo de Quito, acompañado de sus Obispos Auxiliares Mons. René Coba y Danilo Echeverría y con la asistencia de más de ciento cincuenta sacerdotes. La reunión terminó con el almuerzo a las 14h00.

Primer Congreso Nacional Pro Vida y Familia Ecuador 2007

Con ocasión del Día del Niño por nacer (25 de marzo), decretado por el Gobierno Nacional, se realizó en la ciudad de Guayaquil el Primer Congreso Nacional Pro Vida y Familia Ecuador 2007, del miércoles 21 al domingo 25 de marzo, con la participación de todas las Iglesias particulares del Ecuador. En este congreso se desarrollaron los siguientes importantes temas: La vida humana es sagrada, la Familia es el "santuario" de la vida, las leyes deben proteger la vida y la familia. Además de las ceremonias de inauguración y de clausura del Congreso, se realizaron varios actos muy significativos: La Feria Exposición Pro Vida y Familia, el Festival Cultural Pro Vida y Familia y la Procesión Pro Vida y Familia.

Información Eclesial En el Mundo

PREMIO AL CONSEJO PONTIFICIO "COR UNUM"

La ciudad de Tréveris, Alemania, confirió al Consejo pontificio "Cor unum" , representado por su presidente, el arzobispo Paul Josef Cordes, de nacionalidad alemana, el premio "Oswald von Nall-Breuning 2007", personaje reconocido como el mentor de la doctrina social de la Iglesia.

EL PAPA RECIBIÓ AL CUERPO DIPLOMÁTICO

El lunes 8 de enero, por la mañana, el Santo Padre recibió en la sala Regia del palacio apostólico vaticano al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, que acudió a felicitarle con ocasión del año nuevo.

VISITA DE S.S. BENEDICTO XVI A CÁRITAS DE ROMA

La mañana del jueves 4 de enero, el Papa realizó una visita al comedor social de Cáritas diocesana de Roma en Colle Oppio, donde tuvo un encuentro con personas marginadas, que ocupan siempre un puesto privilegiado en el corazón de la Iglesia.

EN DEFENSA DE LA VIDA HUMANA

El jueves 11 de enero, Benedicto XVI, en su discurso a los administradores de la región de Lacio, que habían acudido al Vaticano para felicitarle por el año nuevo, reafirmó la necesidad de que tanto la sociedad civil como la Iglesia deben colaborar en la promoción de los grandes principios del carácter sagrado de la vida

humana, desde la concepción hasta su muerte natural, y de la centralidad de la persona del enfermo.

EL PAPA LLAMÓ A LA CONCORDIA Y AL DIÁLOGO A LOS BOLIVIANOS

Ante los actos de violencia que se produjeron en la ciudad de Cochabamba, Bolivia, en los que hubo varios muertos y heridos, el Papa Benedicto XVI hizo un apremiante llamamiento a la concordia y la convivencia pacífica, con el fin de resolver los conflictos por medio del diálogo fraterno y respetuoso.

MENSAJE DE LOS OBISPOS ESPAÑOLES

Con ocasión de la Jornada mundial del emigrante y del refugiado, que se celebró el 14 de enero centrada en el tema "La familia emigrante", los obispos de la comisión de migraciones de la Conferencia episcopal española hicieron público un mensaje, en el que reafirmaron la preocupación de la Iglesia por las familias inmigrantes, y pidieron que se fomente su progresiva integración en la vida parroquial, en la escuela católica y en toda la vida de la familia de los hijos de Dios.

CONGRESO SOBRE LAS VOCACIONES SACERDOTALES

Se celebró en Roma del 3 al 5 de enero, organizado por el Centro nacional de vocaciones de la Conferencia episcopal italiana sobre el tema: ¿Qué presbítero para una comunidad cristiana al servicio de todas las vocaciones?

CLAUSURA DE LA SEMANA DE ORACIÓN POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS

El jueves 25 de enero por la tarde, en la basílica de San Pablo extramuros, el Papa Benedicto XVI presidió la celebración de las Vísperas de la solemnidad de la Conversión de San Pablo, como conclusión de la Semana de oración por la unidad de los cristianos, que este año tuvo por tema: "Hace oír a los sordos y hablar a los mudos" (Mc 7, 37). Participaron en la celebración representantes de

otras Iglesias y comunidades eclesiales presentes en Roma, y delegados de las Conferencias episcopales, comunidades y organismos de Europa. Asistieron también veinte cardenales y numerosos arzobispos y obispos.

550 AÑOS DE FUNDACIÓN DEL COLEGIO CAPRÁNICA

Fue fundado por el cardenal Domenico Capránica el 5 de enero de 1547, con el fin de preparar para el sacerdocio a jóvenes de escasos recursos económicos. Sus alumnos estudian hoy en la Pontifica Universidad Gregoriana. En 1917 el Papa Benedicto XV, Giacomo della Chiesa, ex alumno, vinculo al Colegio al servicio litúrgico de la basílica papal de Santa María la Mayor. El 21 de enero de 1957 este Colegio, plenamente restaurado entre 1953 y 1955, fue visitado por el Papa Pío XII, Eugenio Pacelli, ex alumno, con ocasión de los 500 años de su fundación. Juan Pablo II visitó el Colegio el 21 de enero de 1980, en la fiesta de su patrona Santa Inés; en agosto de 1982 aprobó el nuevo Estatuto del Colegio; y lo visitó de nuevo el 21 de enero de 1992.

NUEVO PRESIDENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA

El Santo Padre Benedicto XVI ha aceptado la renuncia al cargo de Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana que el Cardenal Camilo Ruini le había presentado por límite de edad, y ha nombrado en su reemplazo a Mons. Angelo Bagnasco, Arzobispo de Génova.

Avanza la causa de canonización de Juan Pablo II

El lunes 2 de abril, a las 12h00, tendrá lugar en la basílica de San Juan de Letrán, la sesión de clausura de la investigación diocesana sobre la vida, las virtudes y la fama de santidad del siervo de Dios Juan Pablo II.

Temas de Actualidad

LA IMPORTANCIA DEL CELIBATO SACERDOTAL

Card. CLÁUDIO HUMMES, o.f.m.
Prefecto de la Congregación para el clero

Al entrar en el XL aniversario de la publicación de la encíclica *Sacerdotalis caelibatus* de Su Santidad Pablo VI, la Congregación para el clero cree oportuno recordar la enseñanza magisterial de este importante documento pontificio.

En realidad, el celibato sacerdotal es un don precioso de Cristo a su Iglesia, un don que es necesario meditar y fortalecer constantemente, de modo especial en el mundo moderno profundamente secularizado.

En efecto, los estudiosos indican que los orígenes del celibato sacerdotal se remontan a los tiempos apostólicos. El padre Ignace de la Potterie escribe: «Los estudiosos en general están de acuerdo en decir que la obligación del celibato, o al menos de la continencia, se convirtió en ley canónica desde el siglo IV (...). Pero es importante observar que los legisladores de los siglos IV o V afirmaban que esa disposición canónica estaba fundada en una tradición apostólica. Por ejemplo, el concilio de Cartago (del año 390) decía: "Conviene que los que están al servicio de los misterios divinos practiquen la continencia completa *(continentes esse in omnibus)* para que lo que enseñaron los *Apóstoles* y ha mantenido *la antigüedad* misma, lo observemos también nosotros» (cf. *Il fondamento biblico del celibato sacerdotale,* en: *Solo per amore. Riflessioni sul celibato sacerdotale.* Cinisello Balsamo 1993, pp. 14-15). En el mismo sentido, A.M. Stickler habla de argumentos bíblicos en favor del celibato de inspiración apostólica (cf. Ch. Cochini, *Origines apostoliques du Célibat sacerdotal,* Prefacio, p. 6).

Desarrollo histórico

El Magisterio solemne de la Iglesia reafirma ininterrumpidamente las disposiciones sobre el celibato eclesiástico. El Sínodo de Elvira (300-303?) , en el canon 27, prescribe: "El obispo o cualquier otro clérigo tenga consigo solamente o una hermana o una hija virgen consagrada a Dios; pero en modo alguno plugo (al Concilio) que tengan a una extraña» (Enrique Denzinger, *El Magisterio de la Iglesia, ed.* Herder, Barcelona 1955, n. 52 b, p. 22); y en el canon 33: "Plugo prohibir totalmente a los obispos, presbíteros y diáconos o a todos los clérigos puestos en ministerio, que se abstengan de sus cónyuges y no engendren hijos y quienquiera lo hiciere, sea apartado del honor de la clerecía» *(ib.*, 52 c).

El día de nuestra ordenación consagramos nuestros corazones y cuerpos a la sobriedad y castidad, para agradar en todo a nuestro Dios.

También el Papa Siricio (384-399), en la carta al obispo Himerio de Tarragona, fechada el 10 de febrero de 385, afirma: «El Señor Jesús (...) quiso que la forma de la castidad de su Iglesia, de la que él es esposo, irradiara con esplendor (...). Todos los sacerdotes estamos obligados por la indisoluble ley de estas sanciones, es decir, que desde el día de nuestra ordenación consagramos nuestros corazones y cuerpos a la sobriedad y castidad, para agradar en todo a nuestro Dios en los sacrificios que diariamente le ofrecemos» *(ib.*, n. 89, p. 34).

En el primer concilio ecuménico de Letrán, año 1123, en el canon 3 leemos: "Prohibimos absolutamente a los presbíteros, diáconos y subdiáconos la compañía de concubinas y esposas, y la cohabitación con otras mujeres fuera de las que permitió que habitaran el concilio de Nicea (325)» *(ib.*, n. 360, p. 134).

Asimismo, en la sesión XXIV del concilio de Trento, en el canon 9 se reafirma la imposibilidad absoluta de contraer matrimonio a los clérigos constituidos en las órdenes sagradas o a los religiosos que han hecho profesión solemne de castidad; con ella, la nulidad del matrimonio mismo, juntamente con el deber de pedir a Dios el don de la castidad con recta intención (cf. *ib.*, n. 979, p. 277).

En tiempos más recientes, el concilio ecuménico Vaticano II, en el decreto *Presbyterorum ordinis* (n. 16), reafirmó el vínculo estrecho que existe entre celibato y reino de los cielos, viendo en el primero un signo que anuncia de modo radiante al segundo, un inicio de vida nueva, a cuyo servicio se consagra el ministro de la Iglesia.

Con la encíclica del 24 de junio de 1967, Pablo VI mantuvo una promesa que había hecho a los padres conciliares dos años antes. En ella examina las objeciones planteadas a la disciplina del celibato y, poniendo de relieve sus fundamentos cristológicos y apelando a la historia y a lo que los documentos de los primeros siglos nos enseñan con respecto a los orígenes del celibato-continencia, confirma plenamente su valor.

El Sínodo de los obispos de 1971, tanto en el esquema presinodal *Ministerium presbyterorum* (15 de febrero) como en el documento final *Ultimis temporibus* (30 de noviembre), afirma la necesidad de conservar el celibato en la Iglesia latina, iluminando su fundamento, la convergencia de los motivos y las condiciones que lo favorecen *(Enchiridion del Sínodo de los obispos,* 1. 1965-1988; edición de la Secretaría general del Sínodo de los obispos, Bolonia 2005, nn. 755-855; 1068-1114; sobre todo los nn. 1100-1105).

La nueva codificación de la Iglesia latina de 1983 reafirma la tradición de siempre: «Los clérigos están obligados a observar

una continencia perfecta y perpetua por el Reino de los cielos y, por tanto, quedan sujeto a guardar el celibato, que es un don peculiar de Dios mediante el cual los ministros sagrados pueden unirse más fácilmente a Cristo con un corazón entero y dedicarse con mayor libertad al servicio de Dios y de los hombres» (*Código de derecho canónico*, can. 277, § 1).

En la misma línea se sitúa el Sínodo de 1990, del que surgió la exhortación apostólica del siervo de Dios Papa Juan Pablo II *Pastores dabo vobis*, en la que el Sumo Pontífice presenta el celibato como una exigencia de radicalismo evangélico, que favorece de modo especial el estilo de vida esponsal y brota de la configuración del sacerdote con Jesucristo, a través del sacramento del Orden (cf. n. 44).

El *Catecismo de la Iglesia católica*, publicado en 1992, que recoge los primeros frutos del gran acontecimiento del concilio ecuménico Vaticano II, reafirma la misma doctrina: «Todos los ministros ordenados de la Iglesia latina, exceptuados los diáconos permanentes, son ordinariamente elegidos entre hombres creyentes que viven como célibes y que tienen la voluntad de guardar el celibato por el reino de los cielos» (n. 1579).

En el más reciente Sínodo, sobre la Eucaristía, según la publicación provisional, oficiosa y no oficial, de sus proposiciones finales, concedida por el Papa Benedicto XVI, en la proposición 11, sobre la escasez de clero en algunas partes del mundo y sobre el «hambre eucarística» del pueblo de Dios, se reconoce «la importancia del don inestimable del celibato eclesiástico en la praxis de la Iglesia latina». Con referencia al Magisterio, en particular al concilio ecuménico Vaticano II y a los últimos Pontífices, los padres pidieron que se ilustraran adecuadamente las razones de la relación entre celibato y ordenación sacerdotal, respetando plenamente la tradición de las Iglesias orientales. Algunos hicieron referencia a la cuestión de

los *viri probati*, pero la hipótesis se consideró un camino que no se debe seguir.

El pasado 16 de noviembre de 2006, el Papa Benedicto XVI presidió en el palacio apostólico una de las reuniones periódicas de los jefes de dicasterio de la Curia romana. En esa ocasión se reafirmó el valor de la elección del celibato sacerdotal según la tradición católica ininterrumpida, así como la exigencia de una sólida formación humana y cristiana tanto para los seminaristas como para los sacerdotes ya ordenados.

Las razones del sagrado celibato

En la encíclica *Sacerdotalis caelibatus*, Pablo VI presenta al inicio la situación en que se encontraba en ese tiempo la cuestión del celibato sacerdotal, tanto desde el punto de vista del aprecio hacia él como de las objeciones. Sus primeras palabras son decisivas y siguen siendo actuales: «El celibato sacerdotal, que la Iglesia custodia desde hace siglos como perla preciosa, conserva todo su valor también en nuestro tiempo, caracterizado por una profunda transformación de mentalidades y de estructuras» (n. 1).

Pablo VI revela cómo meditó él mismo, preguntándose acerca del tema, para poder responder a las objeciones, y concluye: «Pensamos, pues, que la vigente ley del sagrado celibato debe, también hoy, y firmemente, estar unida al ministerio eclesiástico; ella debe sostener al ministro en su elección exclusiva, perenne y total del único y sumo amor de Cristo y de la dedicación al culto de Dios y al servicio de la Iglesia, y debe cualificar su estado de vida tanto en la comunidad de los fieles como en la profana» (n. 14).

«Ciertamente añade el Papa-, como ha declarado el sagrado concilio ecuménico Vaticano II, la virginidad "no es exigida por la naturaleza misma del sacerdocio, como aparece por la prácti-

ca de la Iglesia primitiva y por la tradición de las Iglesias orientales" *(Presbyterorum ordinis,* 16), pero el mismo sagrado Concilio no ha dudado en confirmar solemnemente la antigua, sagrada y providencial ley vigente del celibato sacerdotal, exponiendo también los motivos que la justifican para todos los que saben apreciar con espíritu de fe y con íntimo y generoso fervor los dones divinos» (n. 17).

El celibato es un don que Cristo ofrece a los llamados al sacerdocio.

Es verdad. El celibato es un don que Cristo ofrece a los llamados al sacerdocio. Este don debe ser acogido con amor, alegría y gratitud. Así, será fuente de felicidad y de santidad.

Las razones del sagrado celibato, aportadas por Pablo VI, son tres: su significado cristológico, el significado eclesiológico y el escatológico.

Comencemos por el significado cristológico. Cristo es novedad. Realiza una nueva creación. Su sacerdocio es nuevo. Cristo renueva todas las cosas. Jesús, el Hijo unigénito del Padre, enviado al mundo, «se hizo hombre para que la humanidad, sometida al pecado y a la muerte, fuese regenerada y, mediante un nuevo nacimiento, entrase en el reino de los cielos. Consagrado totalmente a la voluntad del Padre, Jesús realizó mediante su misterio pascual esta nueva creación introduciendo en el tiempo y en el mundo una forma nueva, sublime y divina de vida, que transforma la misma condición terrena de la humanidad» (n. 19).

El mismo matrimonio natural, bendecido por Dios desde la creación, pero herido por el pecado, fue renovado por Cristo, que «lo elevó a la dignidad de sacramento y de misterioso signo de su unión con la Iglesia. (...) Cristo, mediador de un testamento más excelente (cf. *Hb* 8, 6), abrió también un camino

nuevo, en el que la criatura humana, adhiriéndose total y directamente al Señor y preocupada solamente de él y de sus cosas (cf. *1 Co 7*, 33-35), manifiesta de modo más claro y complejo la realidad, profundamente innovadora del Nuevo Testamento» (n. 20).

Esta novedad, este nuevo camino, es la vida en la virginidad, que Jesús mismo vivió, en armonía con su índole de mediador entre el cielo y la tierra, entre el Padre y el género humano. «En plena armonía con esta misión, Cristo permaneció toda la vida en el estado de virginidad, que significa su dedicación total al servicio de Dios y de los hombres» (n. 21). Servicio de Dios y de los hombres quiere decir amor total y sin reservas, que marcó la vida de Jesús entre nosotros. Virginidad por amor al reino de Dios.

Ahora bien, Cristo, al llamar a sus sacerdotes para ser ministros de la salvación, es decir, de la nueva creación, los llama a ser y a vivir en novedad de vida, unidos y semejantes a él en la forma más perfecta posible. De ello brota el don del sagrado celibato, como configuración más plena con el Señor Jesús y profecía de la nueva creación. A sus Apóstoles los llamó «amigos». Los llamó a seguirlo muy de cerca, en todo, hasta la cruz. Y la cruz los llevará a la resurrección, a la nueva Creación perfeccionada. Por eso sabemos que seguirlo con fidelidad en la virginidad, que incluye una inmolación, nos llevará a la felicidad. Dios no llama a nadie a la infelicidad, sino a la felicidad. Sin embargo, la felicidad se conjuga siempre con la fidelidad. Lo dijo el recordado Papa Juan Pablo II a los esposos reunidos con él en el II Encuentro mundial de las familias, en Río de Janeiro.

Así se llega al tema del significado escatológico del celibato, en cuanto que es signo y profecía de la nueva creación, o sea, del reino definitivo de Dios en la Parusía, cuando todos resucitaremos de la muerte.

Como enseña el concilio Vaticano II, la Iglesia «constituye el germen y el comienzo de este reino en la tierra» *(Lumen gentium,* 5). La virginidad, vivida por amor al reino de Dios, constituye un signo particular de los «últimos tiempos», pues el Señor ha anunciado que «en la resurrección no se tomará mujer ni marido, sino que serán como ángeles de Dios en el cielo» *(Sacerdotalis caelibatus,* 34).

En un mundo como el nuestro, mundo de espectáculo y de placeres fáciles, profundamente fascinado por las cosas terrenas, especialmente por el progreso de las ciencias y las tecnologías - recordemos las ciencias biológicas y las biotecnologías-, el anuncio de un más allá, o sea, de un mundo futuro, de una Parusía, como acontecimiento definitivo de una nueva creación, es decisivo y al mismo tiempo libra de la ambigüedad de las aporías, de los estrépitos, de los sufrimientos y contradicciones, con respecto a los verdaderos bienes y a los nuevos y profundos conocimientos que el progreso humano actual trae consigo.

Por último, el significado eclesiológico del celibato nos lleva más directamente a la actividad pastoral del sacerdote.

La encíclica *Sacerdotalis caelibatus* afirma: «la virginidad consagrada de los sagrados ministros manifiesta el amor virginal de Cristo a su Iglesia y la virginal y sobrenatural fecundidad de esta unión» (n. 26). El sacerdote, semejante a Cristo y en Cristo, se casa místicamente con la Iglesia, ama a la Iglesia con amor exclusivo. Así, dedicándose totalmente a las cosas de Cristo y de su Cuerpo místico, el sacerdote goza de una amplia libertad espiritual para ponerse al servicio amoroso y total de todos los hombres, sin distinción.

«Así, el sacerdote, muriendo cada día totalmente a sí mismo, renunciando al amor legítimo de una familia propia por amor de Cristo y de su reino, hallará la gloria de una vida en Cristo

plenísima y fecunda, porque como él y en él ama y se da a todos los hijos de Dios» (n. 30).

La encíclica añade, asimismo, que el celibato aumenta la idoneidad del sacerdote para la escucha de la palabra de Dios y para la oración, y lo capacita para depositar sobre el altar toda su vida, que lleva los signos del sacrificio (cf. nn. 27-29).

El valor de la castidad y del celibato

El celibato, antes de ser una disposición canónica, es un don de Dios a su Iglesia; es una cuestión vinculada a la entrega total al Señor. Aun distinguiendo entre la disciplina del celibato de los sacerdotes seculares y la experiencia religiosa de la consagración y de la profesión de los votos, no cabe duda de que no existe otra interpretación y justificación del celibato eclesiástico fuera de la entrega total al Señor, en una relación que sea exclusiva, también desde el punto de vista afectivo; esto supone una fuerte relación personal y comunitaria con Cristo, que transforma el corazón de sus discípulos.

La opción del celibato hecha por la Iglesia católica de rito latino se ha realizado, desde los tiempos apostólicos, precisamente en la línea de la relación del sacerdote con su Señor, teniendo como gran icono el «¿Me amas más que estos?» (*Jn* 21, 15), que Jesús resucitado dirige a Pedro.

Por tanto, las razones cristológicas, eclesiológicas y escatológicas del celibato, todas ellas arraigadas en la comunión especial con Cristo a la que está llamado el sacerdote, pueden tener diversas expresiones, según lo que afirma autorizadamente la encíclica *Sacerdotalis caelibatus*.

Ante todo, el celibato es «signo y estímulo de la caridad pastoral» (n. 24). La caridad es el criterio supremo para juzgar la

vida cristiana en todos sus aspectos; el celibato es un camino del amor, aunque el mismo Jesús, como refiere el evangelio según san Mateo, afirma que no todos pueden comprender esta realidad: «No todos entienden este lenguaje, sino aquellos a quienes se les ha concedido» (*Mt* 19, 11).

Esa caridad se desdobla en los clásicos aspectos de amor a Dios y amor a los hermanos: «Por la virginidad o el celibato a causa del reino de los cielos, los presbíteros se consagran a Cristo de una manera nueva y excelente y se unen más fácilmente a él con un corazón no dividido» *(Presbyterorum ordinis*, 16). San Pablo, en un pasaje al que aquí se alude, presenta el celibato y la virginidad como «camino para agradar al Señor» sin divisiones (cf. *1 Co* 7, 32-35): en otras palabras, un «camino del amor», que ciertamente supone una vocación particular, y en este sentido es un carisma, y que es en sí mismo excelente tanto para el cristiano como para el sacerdote.

El amor radical a Dios, a través de la caridad pastoral, se convierte en amor a los hermanos. En el decreto *Presbyterorum ordinis* leemos que los sacerdotes «se dedican más libremente a él y, por él al servicio de Dios y de los hombres y se ponen al servicio de su reino y de la obra de la regeneración sobrenatural sin ningún estorbo. Así se hacen más aptos para aceptar en Cristo una paternidad más amplia» (n. 16). La experiencia común confirma que a quienes no están vinculados a otros afectos, por más legítimos y santos que sean, además del de Cristo, les resulta más sencillo abrir plenamente y sin reservas su corazón a los hermanos.

El celibato es el ejemplo que Cristo mismo nos dejó. Él quiso ser célibe. Explica también la encíclica: «Cristo permaneció toda la vida en el estado de virginidad, que significa su dedicación total al servicio de Dios y de los hombres. Esta profunda conexión entre la virginidad y el sacerdocio en Cristo se refleja en los que

tienen la suerte de participar de la dignidad y de la misión del mediador y sacerdote eterno, y esta participación será tanto más perfecta cuanto el sagrado ministro esté más libre de vínculos de carne y de sangre»*(Sacerdotalis caelibatus,* 21).

La existencia histórica de Jesucristo es el signo más evidente de que la castidad voluntariamente asumida por Dios es una vocación sólidamente fundada tanto en el plano cristiano como en el de la común racionalidad humana.

Si la vida cristiana común no puede legítimamente llamarse así cuando excluye la dimensión de la cruz, cuánto más la existencia sacerdotal sería ininteligible si prescindiera de la perspectiva del Crucificado. A veces en la vida de un sacerdote está presente el sufrimiento, el cansancio y el tedio, incluso el fracaso, pero esas cosas no la determinan en última instancia. Al escoger seguir a Cristo, desde el primer momento nos comprometemos a ir con él al Calvario, conscientes de que tomar la propia cruz es el elemento que califica el radicalismo del seguimiento.

Al escoger seguir a Cristo, desde el primer momento nos comprometemos a ir con él al Calvario

Por último, como he dicho, el celibato es un signo escatológico. Ya desde ahora está presente en la Iglesia el reino futuro: ella no sólo lo anuncia, sino que también lo realiza sacramentalmente, contribuyendo a la «nueva creación», hasta que la gloria de Cristo se manifieste plenamente.

Mientras que el sacramento del matrimonio arraiga a la Iglesia en el presente, sumergiéndola totalmente en el orden terreno, que así se transforma también él en lugar posible de santificación, la virginidad remite inmediatamente al futuro, a la

perfección íntegra de la creación, que sólo alcanzará su plenitud al final de los tiempos.

Medios para ser fieles al celibato

La sabiduría bimilenaria de la Iglesia, experta en humanidad, ha identificado constantemente a lo largo del tiempo algunos elementos fundamentales e irrenunciables para favorecer la fidelidad de sus hijos al carisma sobrenatural del celibato.

Entre ellos destaca, también en el magisterio reciente, la importancia de la formación espiritual del sacerdote, llamado a ser «testigo de lo Absoluto». La *Pastores dabo vobis* afirma: «Formarse para el sacerdocio es aprender a dar una respuesta personal a la pregunta fundamental de Cristo: "¿Me amas?" (*Jn* 21, 15). Para el futuro sacerdote, la respuesta no puede ser sino el don total de su vida» (n. 42).

En este sentido, son absolutamente fundamentales tanto los años de la formación remota, vivida en la familia, como sobre todo los de la próxima, en los años del seminario, verdadera escuela de amor, en la que, como la comunidad apostólica, los jóvenes seminaristas mantienen una relación de intimidad con Jesús, esperando el don del Espíritu para la misión. «La relación del sacerdocio con Jesucristo, y en él con su Iglesia, -en virtud de la unción sacramental- se sitúa en el ser y en el obrar del sacerdote, o sea, en su misión o ministerio» (*ib.*, 16).

El sacerdocio no es más que «vivir íntimamente unidos a él» (*ib.*, 46), en una relación de comunión intima que se describe como «una forma de amistad» (*ib.*). La vida del sacerdote, en el fondo, es la forma de existencia que sería inconcebible si no existiera Cristo. Precisamente en esto consiste la fuerza de su testimonio: la virginidad por el reino de Dios es un dato real; existe porque existe Cristo, que la hace posible.

El amor al Señor es auténtico cuando tiende a ser total: enamorarse de Cristo quiere decir tener un conocimiento profundo de él, frecuentar su persona, sumergirse en él, asimilar su pensamiento y, por último, aceptar sin reservas las exigencias radicales del Evangelio. Sólo se puede ser testigos de Dios si se hace una profunda experiencia de Cristo. De la relación con el Señor depende toda la existencia sacerdotal, la calidad de su experiencia de *martyria,* de su testimonio.

Sólo es testigo de lo Absoluto quien de verdad tiene a Jesús por amigo y Señor, quien goza de su comunión. Cristo no es solamente objeto de reflexión, tesis teológica o recuerdo histórico; es el Señor presente; está vivo porque resucitó y nosotros sólo estamos vivos en la medida en que participamos cada vez más profundamente de su vida. En esta fe explícita se funda toda la existencia sacerdotal. Por eso la encíclica dice: «Aplíquese el sacerdote en primer lugar a cultivar con todo el amor que la gracia le inspira su intimidad con Cristo, explorando su inagotable y santificador misterio; adquiera un sentido cada vez más profundo del misterio de la Iglesia, fuera del cual su estado de vida correría el riesgo de parecerle sin consistencia e incongruente» *(Sacerdotalis caelibatus,* 75).

Además de la formación y del amor a Cristo, un elemento esencial para conservar el celibato es la pasión por el reino de Dios, que significa la capacidad de trabajar con diligencia y sin escatimar esfuerzos para que Cristo sea conocido, amado y seguido. Como el campesino que, al encontrar la perla preciosa, lo vende todo para comprar el campo, así quien encuentra a Cristo y entrega toda su existencia con él y por él, no puede menos de vivir trabajando para que otros puedan encontrarlo.

Sin esta clara perspectiva, cualquier «impulso misionero» está destinado al fracaso, las metodologías se transforman en técnicas de conservación de una estructura, e incluso las

oraciones podrían convertirse en técnicas de meditación y de contacto con lo sagrado, en las que se disuelven tanto el yo humano como el Tú de Dios.

Una ocupación fundamental y necesaria del sacerdote, como exigencia y como tarea, es la oración

Una ocupación fundamental y necesaria del sacerdote, como exigencia y como tarea, es la oración, la cual es insustituible en la vida cristiana y, por consecuencia, en la sacerdotal. A la oración hay que prestar atención particular: la celebración eucarística, el Oficio divino, la confesión frecuente, la relación afectuosa con María santísima, los ejercicios espirituales, el rezo diario del santo rosario, son algunos de los signos espirituales de un amor que, si faltara, correría el riesgo de ser sustituido con los sucedáneos, a menudo viles, de la imagen, de la carrera, del dinero y de la sexualidad.

El sacerdote es hombre de Dios porque está llamado por Dios a serlo y vive esta identidad personal en la pertenencia exclusiva a su Señor, que se documenta también en la elección del celibato. Es hombre de Dios porque de él vive, a él habla, con él discierne y decide, en filial obediencia, los pasos de su propia existencia cristiana.

Los sacerdotes, cuanto más radicalmente sean hombres de Dios, mediante una existencia totalmente teocéntrica, como subrayó el Santo Padre Benedicto XVI en su discurso a la Curia romana con ocasión de las felicitaciones navideñas, el 22 de diciembre de 2006, tanto más eficaz y fecundo será su testimonio y tanto más rico en frutos de conversión será su ministerio. No hay oposición entre la fidelidad a Dios y la fidelidad al hombre; al contrario, la primera es condición de posibilidad de la segunda.

Conclusión: una vocación santa

La *Pastores dabo vobis*, hablando de la vocación del sacerdote a la santidad, después de subrayar la importancia de la relación personal con Cristo, presenta otra exigencia: el sacerdote, llamado a la misión del anuncio, recibe el encargo de llevar la buena nueva como un don a todos. Sin embargo, está llamado a acoger el Evangelio ante todo como don ofrecido a su propia existencia, a su propia persona y como acontecimiento salvífico que lo compromete a una vida santa.

Desde esta perspectiva, Juan Pablo II habló del radicalismo evangélico que debe caracterizar la santidad del sacerdote. Por tanto, se puede decir que los consejos evangélicos tradicionalmente propuestos por la Iglesia y vividos en los estados de la vida consagrada, son los itinerarios de un radicalismo vital al que también, a su modo, el sacerdote está llamado a ser fiel.

La exhortación afirma: «Expresión privilegiada del radicalismo son los varios *consejos evangélicos* que Jesús propone en el sermón de la montaña (cf. *Mt* 5-7), y entre ellos los consejos, íntimamente relacionados entre sí, de *obediencia, castidad y pobreza:* el sacerdote está llamado a vivirlos según el estilo, es más, según las finalidades y el significado original que nacen de la identidad propia del presbítero y la expresan» (n. 27).

Más adelante, refiriéndose a la dimensión ontológica en la que se funda el radicalismo evangélico, dice: «El Espíritu, consagrando al sacerdote y configurándolo con Jesucristo, cabeza y pastor, crea una relación que, en el ser mismo del sacerdote, requiere ser asimilada y vivida de manera personal, esto es, consciente y libre, mediante una comunión de vida y amor cada vez más rica, y una participación cada vez más amplia y radical de los sentimientos y actitudes de Jesucristo. En esta relación entre el

Señor Jesús y el sacerdote -relación ontológica y psicológica, sacramental y moral- está el fundamento y a la vez la fuerza para aquella "vida según el Espíritu" y para aquel "radicalismo evangélico" al que está llamado todo sacerdote y que se ve favorecido por la formación permanente en su aspecto espiritual» (n. 72).

La nupcialidad del celibato eclesiástico, precisamente por esta relación entre Cristo y la Iglesia que el sacerdote está llamado a interpretar y a vivir, debería dilatar su espíritu, iluminando su vida y encendiendo su corazón. El celibato debe ser una oblación feliz, una necesidad de vivir con Cristo para que él derrame en el sacerdote las efusiones de su bondad y de su amor que son inefablemente plenas y perfectas.

A este propósito, son iluminadoras las palabras del Santo Padre Benedicto XVI: «El verdadero fundamento del celibato sólo puede quedar expresado en la frase: *"Dominus pars (mea)"*, Tú eres el lote de mi heredad. Sólo puede ser teocéntrico. No puede significar quedar privados de amor; debe significar dejarse arrastrar por el amor a Dios y luego, a través de una relación más íntima con él, aprender a servir también a los hombres. El celibato debe ser un testimonio de fe: la fe en Dios se hace concreta en esa forma de vida, que sólo puede tener sentido a partir de Dios. Fundar la vida en él, renunciando al matrimonio y a la familia, significa acoger y experimentar a Dios como realidad, para así poderlo llevar a los hombres» *(Discurso* a *la Curia romana con ocasión de las felicitaciones navideñas,* 22 de diciembre de 2006: *L'Osservatore Romano,* edición en lengua española, 29 de diciembre de 2006, p. 7).

Viene del interior de la portada

Administración Eclesiástica

- Nombramientos 92
- Decretos 93
- Ordenaciones 93
- Decreto de erección de la parroquia eclesiástica "Cristo Resucitado" 94

Información Eclesial

- En el Ecuador 99
- En el mundo 100

Temas de Actualidad

- La importancia del celibato sacerdotal 105

Oración para la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe

Señor Jesucristo,
Camino, Verdad y Vida,
rostro humano de Dios
y rostro divino del hombre,
enciende en nuestros corazones
el amor al Padre que está en el cielo
y la alegría de ser cristianos.

Ven a nuestro encuentro
y guía nuestros pasos
para seguirte y amarte
en la comunión de tu Iglesia,
celebrando y viviendo
el don de la Eucaristía,
cargando con nuestra cruz,
y urgidos por tu envío.

Danos siempre el fuego
de tu Santo Espíritu,
que ilumine nuestras mentes
y despierte entre nosotros
el deseo de contemplarte,
el amor a los hermanos,
sobre todo a los afligidos,
y el ardor por anunciarte
al inicio de este siglo.

Discípulos y misioneros tuyos,
queremos remar mar adentro,
para que nuestros pueblos
tengan en Ti vida abundante,
y con solidaridad construyan
la fraternidad y la paz.

Señor Jesús, ¿Ven y envíanos!
María, Madre de la Iglesia,
ruega por nosotros.

Amén

FOR USE IN LIBRARY ONLY

Princeton Theological Seminary Library

1 1012 01458 9057

FOR USE IN LIBRARY ONLY